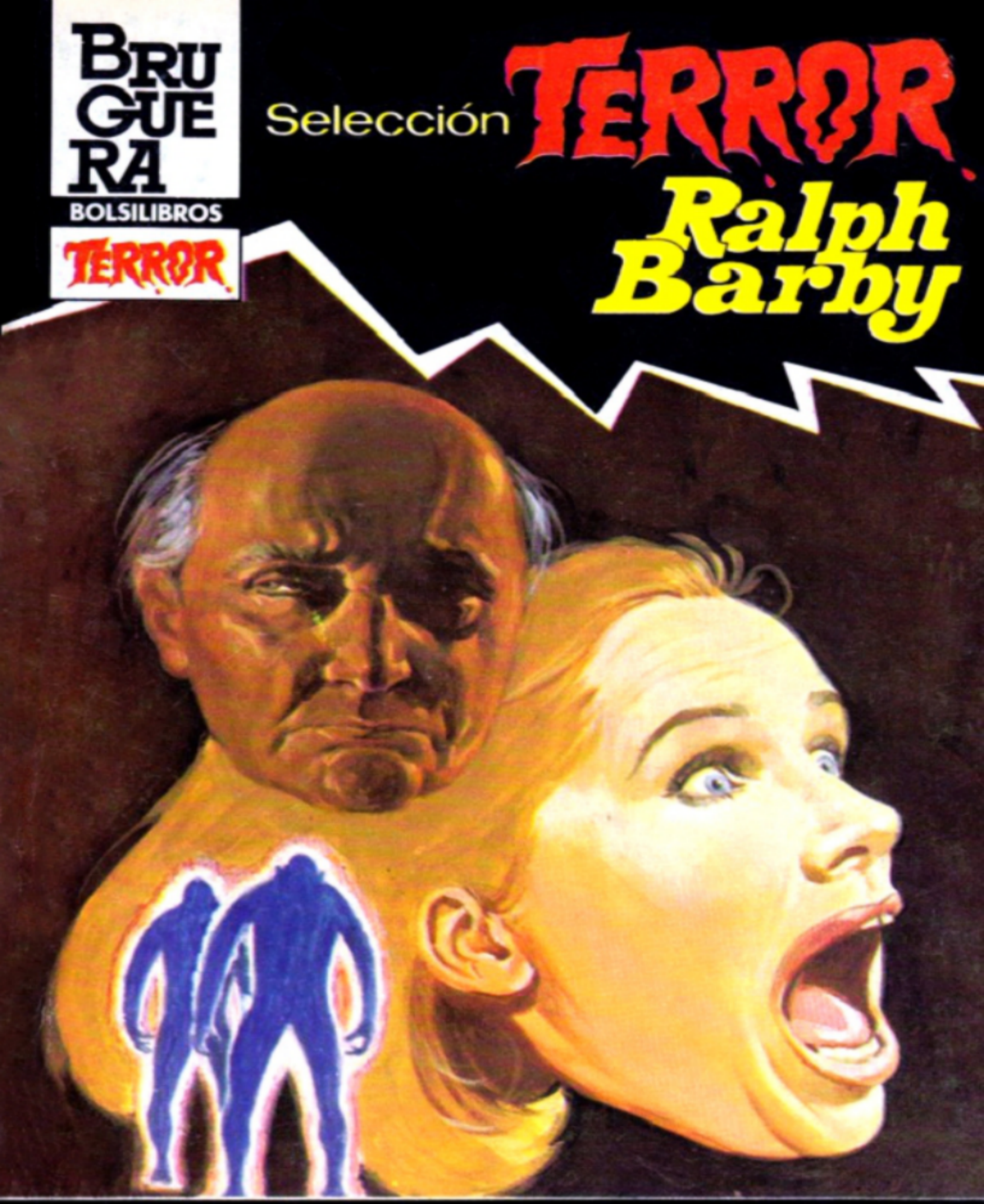

BRUGUERA
BOLSILIBROS
TERROR
Selección TERROR
Ralph Barby
OCULTOS TRAS LA PUBLICIDAD

OCULTOS TRAS LA PUBLICIDAD

RALPH BARBY

Colección
SELECCION TERROR n.° 570
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BOGOTA BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ISBN 84-02 02S06 4
Depósito legal: B. 42 672-1983
Impreso en España — Printed in Spain

1ª edición en Esparta: febrero, 1984
1ª edición en América: agosto, 1984

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruta era, & A.
Paréts del Vallés (N 152. Km 21.650)
Barcelona - 1984

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

565 — Me escapé del infierno. *Ada Coretti.*
566 — Rubíes sangrientos, *Clark Carrados.*
567 — Los niños diabólicos. *Curtis Garland.*
568 — Te pareces tanto, *Frank Caudett*
569 — El señor de la noche. *Joseph Berna*


SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

Michy puso una sonrisa en su boca que llegó de oreja a oreja. Pese a su juventud, sus dientes estaban algo amarillentos y el rostro aparecía barbado con descuido, el mismo descuido que mostraban sus largos cabellos.

—¡Lo tenemos, Dahlia, lo tenemos!

Dahlia era más joven que Michy. Era alta, más alta que el joven y se cubría con un tres cuartos de piel imitación *renard.* Por el borde inferior del chaquetón asomaban los leotardos negros, que se hundían en la caña de unas altísimas botas que a su vez tenían un tacón de casi cinco pulgadas.

El cabello de Dahlia era rubio, lacio y su longitud no pasaría de los omóplatos. El caso era que Dahlia llamaba la atención por donde pasaba, especialmente cuando mostraba sus largas piernas desnudas, lo cual sucedía muy a menudo, pero aquella tarde hacía frío y comenzaba a lloviznar.

—¡No quiero mojarme, no quiero mojarme el pelo! —protestó entre gritos.

Michy le alargó un casco amarillo que tenía ya unas rozaduras por haber rodado por el asfalto y los bordillos de granito.

Miró el edificio. No era muy alto, tres pisos, pero los techos de cada planta eran altos, como correspondía a un edificio de cierta antigüedad.

Ya con el casco puesto. Dahlia siguió la mirada de Michy.

El edificio apenas se veía, estaba cubierto por grandes mareos para sostener publicidad mural que allí pegaban las grandes multinacionales del refresco, la electrónica y los automóviles. Mirar todos aquellos carteles gigantes de propaganda era como ver una serie de *spots* de televisión seguidos.

—Será nuestro —dijo Michy, montando a horcajadas sobre la motocicleta.

Quitó el caballete de sostén y la joven subió tras él. Puso la máquina electrónicamente en marcha y arrancó fuerte, saliendo de la acera mientras las calles, el asfalto de la gran ciudad, se iban charolando, reflejando las farolas que se encendían al caer la noche.

Michy se preciaba de llevar bien la poderosa motocicleta y se filtraba entre los demás vehículos, sorprendiéndoles, y pasaba casi rozándoles como una exhalación.

—¡Ahí están! —gritó Dahlia, casi pegando su boca al oído derecho de Michy.

El grupo de jóvenes de ambos sexos se hallaba concentrado bajo el toldo de entrada de un hotel. Allí, estacionados, había dos coches, uno deportivo muy antiguo, con la capota subida, y un Volkswagen escarabajo también viejo, y tres motocicletas. Los jóvenes se guarecían de la molesta lluvia.

Michy efectuó un giro demasiado pronunciado, un giro que a poca velocidad la máquina hubiera aguantado bien, pero el suelo estaba mojado y la motocicleta resbaló.

El grito de Dahlia pudo oírse a lo largo de las calles que allí se cruzaban.

La máquina siguió resbalando sobre el suelo mojado, justo cuando un bus de dos pisos, cargado de viajeros que regresaban a sus apartamentos, se le venía encima.

El conductor del autobús pisó el freno del pesado vehículo, mas para él el suelo también estaba mojado, y el tiempo y el espacio de frenado no iban a ser los mismos que sobre el firme en seco.

Y hubo más, algo más, como si una fuerza maligna y desconocida empujara el chirriante vehículo... Las ruedas pasaron rozando el cuerpo femenino y no se detuvieron hasta que el neumático delantero derecho quedó sobre la cabeza del infortunado Michy.

Los gritos se multiplicaron.

El conductor del vehículo colectivo sujetó el freno, cerró los ojos y tuvo fuertes deseos de vomitar. La cabeza de Michy había quedado aplastada, con todos los huesos rotos. La sangre se mezclaba con la masa cerebral esparcida junto a la rueda.

Mark Vermeil. uno de los jóvenes que allí habían estado aguardando, tomó una manta que había junto a otros paquetes y se apresuró a cubrir el cadáver de su amigo, mientras Dahlia lloraba convulsivamente en el suelo y se escuchaba el pito estridente de un *hobby*. Poco después ulularía la sirena de la ambulancia que era inútil que siguiera ululando. Michy era ya un cadáver, un cadáver con la cabeza tan aplastada que resultaba irreconocible, monstruosamente irreconocible. El camino hacia la eternidad estaba iniciado, el tiempo había dejado de tener valor para el desgraciado muchacho.

Aquella noche, en el hospital, una eficiente doctora inyectó morfina en el cuerpo de Dahlia, que se sumió en un denso sueño para escapar de una dolorosa e insoportable realidad.

Por suerte ella había escapado de la muerte, incluso a las heridas graves, pero era víctima de un duro *shock* que la había empujado a una histérica enajenación pasajera.

* * *

Cuando Dahlia abrió los ojos se encontró con un anciano de abundante barba blanca inclinado sobre ella. Le miró, y con la velocidad de un relámpago, se preguntó:

«¿Qué puedo temer de este viejo?»

El anciano sonrió, apenas se le notó debido al bigote y la barba, pero si en sus ojos claros, extremadamente claros.

Dahlia observó que el anciano sostenía un estetoscopio en su mano.

—A ver si ahora respiras mejor, profundamente.

—¿Es usted médico? —preguntó Dahlia con un hilo de voz.

Podía hablar y sentía su cerebro limpio de brumas, pero su cuerpo permanecía relajado, tan relajado que le parecía que iba a ser incapaz de moverlo. Era como si dentro de sus venas no hubiera poder suficiente como para mover todo su cuerpo.

—Sí, hija, si, soy el doctor Webber. Has estado inconsciente largas horas y hay que mantener la vigilancia. Dime una cosa, querida niña.

—¿Niña?

—Puedo ser tu abuelo.

—Sí, eso si —admitió ella.

—Dime, con toda confianza, ¿has tenido la sensación de estar muerta?

—¿Muerta, estoy muerta?

—No, no, yo te pregunto si has tenido la impresión de haber muerto.

—No, ¿por qué?

—Por nada, por nada, es que estoy realizando unos estudios. Vamos a ver, fíjate en esta lucecita. Vas a poner tus hermosos ojos en la lucecita que yo voy a encender y la seguirás con tus pupilas.

—¿Por qué? —preguntó Dahlia.

—Es por tu bien, querida niña. Estás en el hospital y pronto vas a salir, pero es preciso que nos aseguremos de que estás ya sana.

El anciano doctor Webber sacó del bolsillo superior de su oscura chaqueta una linterna bolígrafo, propia para ser utilizada por médicos. Encendió la minúscula pero potente bombillita de la punta e iluminó los iris de la muchacha que fue siguiendo la luz que se desplazaba, primero de derecha a izquierda, luego en círculos.

—Te sientes bien, muy bien. Sigue la luz, yo soy tu médico, un hombre bueno que te aprecia. Sigue la luz. Te sientes relajada, me obedecerás, me obedecerás, me obedecerás... —insistió con voz grave, lenta, convincente—. Ahora duermes un sueño corto, muy corto, pero descansado. Cuando despiertes me olvidarás, me olvidarás hasta que yo...

El anciano continuó hablando.

* * *

Aquella mañana llegaron al hospital Mark, Tiffany y Tucor, tres jóvenes vestidos con cierto descuido. Mark usaba pantalones anchos, una gruesa camisa de lana y encima, un chaleco de piel. Tucor protegía sus ojos con gafas redondas, con un grosor que equivalía a tres o cuatro dioptrías de miopía.

Tucor solía sonreír, pero aquella mañana estaba grave. Había preferido no volver a ver el cadáver de Michy después de verlo en la calle, con la cabeza totalmente aplastada, mezclado el deshecho cerebro con huesos, carne, ojos, dientes. Lo que había sido la cabeza de un joven simpático que amaba la vida, sólo era una masa informe.

—Aguarden aquí, que ahora bajará la paciente. Bueno, si quiere subir alguien conmigo, usted, por ejemplo —dijo la doctora, señalando a Tiffany.

La aludida miró a Mark Vermeil y a Tucor y después siguió a la doctora. Se introdujeron en un ascensor y cuando entraron en la habitación en que se hallaba Dahlia, la doctora descubrió al anciano.

—Doctor Webber, ¿qué hace aquí?

—Ejem, ejem, observaba a esta joven. Creo que sufrió un *shock* traumático muy fuerte, debería mantenerse su vigilancia.

—Eso es cosa nuestra, doctor Webber, usted debe regresar a su casa o pasear por los parques. Está usted jubilado ya y sabe que no debe molestar a los pacientes.

—Molestar, molestar... He dado todo mi saber y mis esfuerzos durante medio siglo a este hospital.

—Cierto, doctor Webber, y todos lo sabemos, pero le ha llegado su hora de descanso, a todos ha de llegarnos ese precioso descanso.

—¿Precioso? Puaf, es un pasaporte para la muerte y yo no quiero morir, todavía he de hacer grandes descubrimientos. Algún día, algún día me darán el Nobel de Medicina. —Oh, sí, claro que sí, doctor Webber, pero haga el favor de no acercarse a los pacientes, ya sabe que lo tiene expresamente prohibido por el director del hospital.

La doctora puso fuera de la habitación al anciano médico que se veía malhumorado.

—¿Trabajaba aquí? —preguntó Tiffany.

—Sí, era patólogo forense.

—Dahlia, ¿cómo estás?

Dahlia parpadeó. Estaba seria, no había alegría alguna en su rostro. Tiffany se le acercó, la cogió por los hombros y la joven rubia se echó a llorar. Tiffany la abrazó contra sí.

—Estás bien, estás bien —le dijo—, todo ha pasado ya.

—Si se siente mareada, si nota alguna flojedad en las extremidades o vahídos, deberá quedarse para alargar la vigilancia.

—No, no, me encuentro bien —repuso Dahlia.

—Nos vamos —dijo Tiffany.

Minutos más tarde, después de pasar por la administración, Mark y Tucor recogieron a las muchachas.

—¿Cómo te sientes, Dahlia? —preguntó Tucor.

—Bien, bien, algo floja.

—Tienes los ojos rojos —le observó Mark que destacaba por su elevada estatura.

—Ha llorado —observó Tiffany, más baja que su amiga y de cabellos trigueño oscuros. En la calle aguardaba el viejo Volkswagen. Mark se puso al volante y Tiffany, a su lado.

—¿Y Michy?

—Mejor no hablar ya de él —le respondió Tiffany.

—Murió, ¿verdad?

El auto ronroneó en las manos de Mark antes de separarse lentamente de la acera.

—Cuando pase todos los trámites oficiales, lo incinerarán —dijo Tucor.

—Habíamos encontrado ya la casa —explicó Dahlia.

—¿Qué casa? —preguntó Tucor.

—La casa que buscaba Michy para darle el «patadón».

—¿Y dónde habéis encontrado el edificio del «patadón»? —preguntó Tucor.

—Era un viejo edificio del que Michy se acordaba —explicó Dahlia—. Lo estuvimos buscando hasta que al fin lo encontró, detrás de grandes rótulos de publicidad.

—¿Está vacío? —preguntó Mark, sin perder atención en la conducción.

—Está para derribos, pero Michy dijo que se conservaba bien, que duraría cien años más.

—Entonces, si está bien, iremos a buscar a los demás.

Dahlia les dijo la calle, aunque no parecía acordarse muy bien. Les guió en lo que pudo y hubieron de dar algunas vueltas hasta que todos vieron la fachada del edificio cubierta por los grandes rótulos.

—¡Ese es, ése!

Mark estacionó el vehículo en un parquímetro de monedas. Miró el aparatito con evidente repugnancia, pero puso una moneda dentro de la ranura.

—Está todo cerrado, no se puede entrar —observó Tiffany.

—Michy entró por el lado.

Había una pequeña valla que cerraba la parte baja de la fachada

del edificio, una valla a la que habían pegado también carteles de publicidad.

Mark forcejeó con una puerta de obras hasta que ésta cedió. Luego se filtró tras la valla, y los demás le siguieron.

La pared de rótulos aislaba aquel edificio del resto de la ciudad como una barrera colocada adrede para impedir que fuera visto por cuantos circulaban.

Había un gran portal de escalera, pero estaba cerrado y parecía suficientemente sólido como para resistir un embate.

—¿Por dónde entrasteis? —preguntó Mark.

—Por el almacén de ahí al lado. Debió ser un comercio, creo que Michy dijo que había sido una tienda de tejidos.

Forzar lo que en otro tiempo fue un almacén no resultó difícil. Las maderas claveteadas estaban ya medio sueltas. Pasaron al interior y Tiffany observó: —Está oscuro.

—A la derecha, al fondo, ha de haber una puerta, lo dijo Michy.

—¿Tú no entraste? —preguntó Tiffany a Dahlia.

—No, yo no entré.

—¿Tenías miedo de que Michy te atrapara a solas? —rezongó Tucor.

—No quiero bromas, Michy está muerto —protestó la joven.

Dahlia tenía razón, a través de una puerta lateral pudieron acceder al *hall* del edificio. Aquella puerta carecía de cerradura.

Entraba luz por una gran claraboya que había en lo alto, cubriendo el amplio hueco de la escalera, que era circular o poco le faltaba para serlo. La claraboya era artística, aunque algunos de los cristales estaban rotos.

Del centro de aquella bóveda de hierro y cristal pendía una gran araña, a la que ya habían expoliado las lágrimas que podían haber sido de cristal de roca, varios cientos de ellas.

Tucor silbó, admirativo.

—Esto debió ser algo grande.

—Subamos —dijo Mark.

Los cuatro comenzaron a ascender por los amplios peldaños de mármol blanco; aún no habían entrado allí los hombres de los derribos que deberían aprovechar muchos de aquellos materiales para reciclarlos, ya que eran materiales nobles.

Posiblemente no faltarían compradores del artístico enrejado de la baranda de la escalera, enrejado que, a tramos, podía venderse para chalets de lujo, de nueva planta o mansiones remozadas. El edificio tenía tres plantas y en cada una de ellas sólo un majestuoso apartamento, si es que así podía llamársele.

Tiffany se enfrentó a la puerta, una puerta de color negro, maderas pesadas y casi tres metros de altura. Conservaba el timbre de

metal original que se accionaba dándole media vuelta rápida, ya que era anterior al descubrimiento de la electricidad para el uso de llamadores electrónicos.

También conservaba un agarradero de metal que, pese al polvo y al descuido, se veía bastante brillante, lo mismo que el artístico enrejado de la mirilla, que era una hermosa cara de mujer a través de cuyos ojos, desde el interior de la vivienda, podía verse el rellano de la escalera.

—Aquí hay un hierro con unos tornillos —observó Dahlia.

Mark, tras examinarlo, dijo:

—Lo han puesto porque las cerraduras deben estar anuladas. Cuidado.

Se apartó, cogió impulso y disparó su tacón derecho contra la puerta, justo donde había estado la cerradura. En medio de un fuerte ruido, la puerta se abrió.

—Aquí debían vivir tipos con mucha pasta —opinó Tucor, mirando en derredor.

Obviamente, no había muebles, aunque por las manchas de color en las paredes empapeladas o tapizadas en tela, tan viejas como sucias, podía deducirse dónde habían estado los muebles y los cuadros colgados.

Aquella vivienda de lujo que aguardaba la piqueta del derribo tenía casi una docena de habitaciones. Una gran cocina oscura y siniestra, un miserable retrete, dos lavabos peinadores y dos salones. Uno de ellos daba a los balcones que asomaban a la calle, pero ahora se hallaba cubierto por los grandes rótulos publicitarios que les impedían ver nada.

—Por lo menos el ruido del tráfico llega amortiguado —opinó Tiffany.

—Tenemos hasta chimenea —señaló Tucor—; así es que, buscando madera, no nos fallará calefacción.

—Michy dijo que estaba muy bien para darle el «patadón» —recordó Dahlia que se movía como una sonámbula.

—¿Por qué lo entregarán a la piqueta del derribo? —se preguntó Mark en voz alta—. Las paredes se ven sólidas, los techos están muy bien, algo de yeso para reparar, pero poca cosa. Los suelos se pueden arreglar o colocar parquet nuevo sobre ellos.

—Preferirán derribarlo —dijo Tiffany— para construir un nuevo edificio. Donde hay tres plantas, crecerán seis o siete, y donde hay un rellano con un gran piso, colocarán tres pisos de lujo decorados con maderas nobles, es decir, finísimas chapas de papel madera cuando antiguamente las maderas tenían varias pulgadas de grosor. Total, que de tres grandes apartamentos de lujo, anticuados, eso sí, pueden sacar dieciocho apartamentos modernos de lujo o semilujo.

—Pues hasta que llegue ese día podemos aprovecharnos nosotros de este lugar. Como no creo que lo declaren en ruinas fácilmente, porque no está ruinoso pese a hallarse abandonado, les va a ser difícil a los constructores sacarnos de aquí —decidió Tucor.

En aquel momento comenzaron a oír un fuerte rumor, era como si se fuera a resquebrajar el edificio. Los cuatro miraron en derredor, techo y suelo, muy preocupados, como temiendo que todo fuera a hundirse.

Tuvieron la impresión de que el techo, las paredes y el suelo se movían; sin embargo, no era así. El rumor que parecía iba a transformarse en fragor laceraba el cerebro a través de los oídos.

—Vamos, afuera, afuera —apremió Mark.

Corrieron hacia la escalera y aquel ruido de difícil explicación, que parecía emanar de los cimientos de la casa, continuó. La gran lámpara que pendía de una gruesa cadena del centro de la bóveda encristalada, comenzó a oscilar. Aquella lámpara, sin las lágrimas de cristal de roca, podía pesar unos doscientos kilos, pues el metal con que fuera construida no era chapa troquelada, sino metal fundido.

Dahlia se tapó los oídos con ambas manos y comenzó a chillar, aterrorizada, y con tal potencia de voz que su tono agudo era como un dardo que se clavaba en los cerebros de quienes la oían y sus agudos gritos se mezclaban con aquella especie de fragor que parecía iba a hundir el edificio, sepultándoles a ellos bajo los escombros.

CAPÍTULO II

El grupo de jóvenes de ambos sexos había pernoctado dentro de la caja de un camión de transporte de mudanzas. Allí dentro habían escapado al frío y la lluvia que durante toda la noche había repiqueteado sobre el techo del vehículo.

Mark estuvo discutiendo con el camionero, pero al final éste aceptó unos billetes que el joven le dio. Luego Mark dijo a sus amigos:

—Listos. Freddy, ya sabes qué hacer.

—De acuerdo —aceptó el llamado Freddy, que tenía la mitad de su sangre de color.

Su padre debía ser un apuesto jamaicano y su madre, una dulce y rubia inglesita cansada de la frialdad de un empleado de banco, que había acabado pidiendo el divorcio de su joven esposa al descubrir en la clínica de maternidad que su hijo tenía sangre negra. De haberla tenido parecida a la suya posiblemente no hubiera puesto objeciones, habría llevado la cornamenta con toda tranquilidad y flema británicas, pero el color café con leche del niño le señalaría continuamente.

Freddy dio a la puesta en marcha de una potente motocicleta que llevaba cuatro faros, dos grandes espejos retrovisores, tres pequeños banderines de colores y muchas esferas.

—¡Silvia, a la grupa, vamos!

Silvia era una joven de raza hindú aunque de piel bastan te blanca. Era hermosa, no sólo por joven sino por la armonía de sus rasgos exóticos, pero también histriónica, quizá contagiada por el ambiente.

De un bolso sacó una peluca rubia de abundantes rizos, la sacudió quitándole el polvillo del conservante y se la colocó en la cabeza como si fuera un casco.

Lo cierto era que Silvia se había transformado totalmente con aquella peluca, que la hacía parecer como un león al que le hubieran hecho la permanente, pero con el color del pelo más rubio.

—Vamos, amor, hazle una «paja» al manillar del gas —pidió la muchacha hindú.

Freddy hizo roncar furiosamente la motocicleta en aquel tranquilo amanecer de la ciudad, cuando comenzaban a rodar los primeros turismos en busca de los lugares de trabajo y los vehículos públicos empezaban a cargarse de pasajeros que optaban por estos servicios de transporte por no saber dónde dejar el coche privado en

medio de la gran ciudad.

El Volkswagen conducido por Mark se puso delante del camión y comenzó a guiarle. Tras el camión rodó el viejo coche descapotable que ahora tenía la capota puesta, una capota que se veía agujereada por la presión de cigarrillos encendidos. También tenía las cicatrices de varios navajazos, aunque estas heridas habían sido cosidas e impermeabilizadas.

Tras este coche, tres motos más roncaban ruidosamente; todo el conjunto recordaba a un convoy de asalto.

Freddy, con su estridente motocicleta y la pasajera apretada contra su cuerpo, abría la marcha, distanciándose. Él tenía una misión especial y concreta.

Cuando llegaron a las inmediaciones del edificio que iba a ser ocupado por hallarse vacío y a la espera del derribo. Freddy se destacó, separándose de los demás y haciendo sonar el potente claxon de su motocicleta.

Puso en marcha la radio que llevaba en la máquina a fuerte volumen. Desvió la moto y la hizo subir sobre la acera. Volvió a saltar al asfalto cuando oyó el pitido del guardia de zona. Freddy dio fuerte gas a la máquina y luego deceleró, ya un tanto lejos, aguardando a que el *bobby* se les acercara con cara hosca.

—¡Tengo que denunciarles!

—¿Por qué, oficial? —preguntó Freddy.

—Escándalo público y alteración del orden.

—Pero ¿de qué orden habla? —protestó Freddy, riéndose. Detuvo el motor de la máquina y le colocó el caballete.

—Lleva la radio alta, se ha subido a la acera.

—A mí me gusta oír la música fuerte. ¿Acaso es un delito?

—Un delito, no, pero una falta, sí. Y respecto a subirse a la acera…

—Es que buscaba un sitio para estacionar mi máquina.

—Siento contradecirle, usted no buscaba estacionarse, sino que estaba circulando por la acera que es vía peatonal y eso es una infracción de tráfico.

—¿Habrase visto? —protestó Freddy—. ¿Cómo puede demostrar que no iba a estacionarme? ¿Acaso he tratado de huir cuando me ha tocado el pito?

—Creo que será mejor que le lleve a la estación de policía.

—¿Para qué? Sus compañeros le darían la razón. Póngame la multa y acabemos de una vez. ¿Acaso le caen mal los negros? —preguntó desafiante.

—Los de color aquí siempre estaremos mal vistos, duda danos de tercera —se quejó la chica, despectiva.

El policía les observó con atención y, al mismo tiempo, con

severidad. Lo que él ignoraba era que Freddy y Silvia le estaban entreteniendo, acaparando su atención mientras el camión de mudanzas se detenía frente al edificio vacío y los jóvenes saltaban de él con sus bolsas de viaje, con sus mochilas, con sillas plegables y otros útiles y desaparecían tras los grandes rótulos de publicidad que ocultaban aquel edificio, que alguien había decidido derribar para construir en su lugar un aséptico e impersonal bloque de apartamentos de medio lujo.

Cuando Freddy y Silvia dejaron atrás al molesto *bobby,* dieron la vuelta a unas cuadras para al final situarse frente al edificio cubierto por la publicidad, del que ya había desaparecido el camión de mudanzas.

Introdujeron la motocicleta en el estrecho espacio que quedaba entre los rótulos y el portal, y buscaron a sus compañeros. Los jóvenes que acababan de ocupar aquel edificio, todavía habitable, se habían desperdigado por el interior del mismo, buscando explorarlo. Mark y Tiffany habían subido a lo alto por una estrecha escalera que partía del tercero y último de los rellanos.

—¿Adónde conducirá esto?

—A las buhardillas —respondió Mark.

Subieron por la escalerilla y llegaron a un corredor en el que había muchas puertas, puertas que estaban abiertas o cedían con facilidad. Tras ellas, habitaciones de reducido espacio.

—Y un *water-closet* para todos —observó Mark.

—¿Qué quieres decir?

—Estas eran las habitaciones de quienes servían abajo.

—¿El servicio vivía aquí arriba?

—Sí, aquí podían pasar más calor en verano y más frío en invierno.

—Por lo menos, tendrían terrazas.

—No exactamente, las terrazas serian secaderos de ropa. Ellos no tenían el concepto de terrazas como tienen en el clima mediterráneo.

—Una vida perra debieron llevar los criados de la gente que vivió aquí.

—Sí, las cosas han mejorado, aunque no demasiado.

En aquellos habitáculos si había restos de mobiliario, es decir, camas viejas, mesitas desvencijadas; una serie de objetos totalmente despreciables que nadie se había preocupado de llevarse.

—Eh, pareja, ¿qué hay por aquí? —inquirió Tucor, asomando junto a ellos.

—Trastos viejos que se hundirán con los cascotes del edificio cuando lo derriben — respondió Tiffany.

—No dejaremos que lo derriben —dijo Mark—. Este edificio está en perfectas condiciones de habitabilidad, las reparaciones que

precisan no son demasiadas.

—Yo iré con Freddy a conectar el agua.

—¿Podréis? —preguntó Tiffany.

—Si no conseguimos meterla en las cañerías de la casa, porque están deterioradas, utilizaremos un tubo de goma de alta precisión, sé dónde podemos encontrar un par de rollos de cincuenta yardas a buen precio. Con unas abrazaderas y grifos apropiados, tendremos agua en la cocina y en los retretes, esperemos que los desagües funcionen.

Se iba a alejar cuando Mark lo retuvo, cogiéndole por el hombro.

—Será mejor que no cuentes nada sobre lo que creímos sufrir cuando estuvimos aquí.

—Oh, no. todo fue una alucinación. Dahlia se puso a chillar histérica y hay que comprenderla, después de lo que sucedió. El cuerpo de Michy sigue frío aún, no lo han incinerado todavía.

—Y la electricidad, ¿qué podemos hacer? —preguntó Tiffany.

—Inspeccionaremos los edificios vecinos para ver dónde podemos hacer un enganche oculto que no se descubra fácilmente: claro que si la policía viene a desocupamos, puede encontrar el lugar del enganche siguiendo el hilo simplemente.

—No, si ponemos muchos hilos —replicó Mark.

—Bien, cualquiera del grupo se puede reír de los fenómenos que se producen en ocasiones en las casas deshabitadas, me refiero a casas antiguas cuya historia humana se desconoce, pero otros podrían tomárselo muy en serio y es mejor no crear problemas.

—No pensarás de veras que ésta es una casa encantada...

Mark se sonrió y Tucor se marchó corriendo. Tenía mucho que hacer para conseguir agua y electricidad sin ningún costo, o como máximo, el valor de materiales de ocasión.

La policía podía expulsarlos de aquella casa al día siguiente mismo, o quizá pasara tiempo antes de que los propietarios del edificio destinado a la demolición hicieran una denuncia de desalojo, aunque todos sabían que ello no era fácil.

El mismo hecho de ocupación de viviendas abandonadas se producía, en todas las grandes metrópolis de Alemania, Francia. España. Holanda y otros países que poseían muchas casas vacías, nuevas o usadas, no ocupadas por falta de poder económico de los que las precisaban, los cuales terminaban acercándose a las viviendas vacías, abriéndolas de un patadón o con cualquier herramienta fuerte.

Ocupaban la vivienda vacía amparados por el derecho natural de cualquier ser humano de buscar cobijo cuando carece de él y corre el riesgo de enfermar y morir en la intemperie, bajo el frió, la lluvia o el intenso sol.

La ley, en todas partes, exigía el desalojo de quienes ocupaban las viviendas en situación ilegal, mas no era fácil conseguir el

desalojo, porque eran ya muchos y en todas partes, y se unían en grupos capaces de combatir contra las fuerzas públicas que trataban de hacer cumplir la legalidad, aunque no el derecho moral consustancial en todo ser humano de tener una casa y que ellos no podían cumplir por carecer de las enormes sumas que se pedían por ellas.

Mark. Tiffany, Tucor, Dahlia y los demás tenían ahora un lugar donde vivir, aunque ciertamente no les pertenecía y sabían que a la corta o a la larga les desalojarían y no les preocupaba, porque el futuro en aquellos momentos no les importaba demasiado:

La sociedad que les había engendrado sólo les ofrecía paro laboral, explotación agresiva e inhumana, competitividad, o quizá fuera más exacto decir que era humana, por ello podía resultar peor, más nociva, aunque había familias completas, con hijos, con madres desesperadas, que sí querían quedarse para siempre con el apartamento ocupado porque sabían que por la vía legal, trabajando, no iban a conseguir jamás el dinero suficiente para pagarlo.

—¿Qué haremos, Mark? —preguntó Tiffany.

—Vivir aquí.

—¿Hasta cuándo?

—Mientras podamos llegar al verano...

—¿Y luego?

—Podemos ir a España, Italia, países de climas y gentes agradables.

—¿Crees que será un invierno duro en este lugar?

—No, no lo creo si conseguimos electricidad y agua. Madera, seguro que la encontraremos para encender la chimenea y tener fuego siempre. No deja de ser una suerte tener esa muralla de anuncios publicitarios que ocultan el edificio a la gente de la calle, así no verán nuestras luces y hasta es posible que no oigan nuestra música.

—¿Y el *bobby* de barrio?

—Nos dirá que nos larguemos y no le haremos caso. Se limitará a comunicar el asunto a sus superiores y éstos dirán que ya tienen suficientes problemas y que nos desalojarán cuando los propietarios hagan la denuncia. Les preguntarán si hay algo que nosotros podamos robar y dirán que no, claro.

—¿Por qué somos tratados como ladrones?

—Porque vivimos en una sociedad donde manda el capital. Este edificio pertenece a alguien y nosotros no tenemos dinero para comprarlo o alquilarlo. Lo cierto es que no pretendemos apoderarnos del edificio, sólo queremos usarlo por algún tiempo. A eso le llaman uso indebido, ya que no se puede hablar del robo de un edificio, a menos que alteres los documentos de propiedad oficiales y eso no nos interesa en absoluto. Cuando nos marchemos de aquí que hagan lo

que quieran.

—Si el edificio está declarado en ruinas nos podrán echar, ¿verdad?

—Si está declarado en ruinas pueden alegar el desalojo en razón a nuestra propia seguridad física, pero este edificio no está en ruinas. En su día lo construyeron demasiado bien para que se venga abajo. Su demolición está basada en razón a la maldita especulación. Las familias que vivieron aquí durante mucho tiempo fueron desapareciendo, posiblemente alguna quiso resistirse, pero al estar vacíos los otros apartamentos creaban una situación de inseguridad y terminaron por ceder ante las presiones de la inmobiliaria que ahora es dueña de todo y que terminará por demoler esto para levantar un edificio frío e impersonal que jamás tendrá historia.

—¿Tú crees de verdad que este edificio tiene historia?

—Sí, creo que si, y me interesaré por ella.

—Hay momentos en que me siento muy insegura.

—Esto te ocurre porque recuerdas la protección familiar. Eras una chica estudiante a la que no faltaba de nada.

—Cierto, y ahora me falta todo.

—¿Todo?

—No, amistad no me falta. Vivo de forma distinta, con libertad dentro de lo que cabe porque la sociedad sigue imponiéndose a nosotros.

—Sí, nos ponen obstáculos, o quizá es que nosotros somos un tanto egoístas porque no vivimos desnudos o con pieles dentro de los bosques. Nos aprovechamos de las obras, de los trabajos que hicieron otros; claro que pienso que esos que levantaron la casa ya murieron y por tanto nada podemos darles. Oye, ¿y si dejamos de filosofar? Parece que tengamos la «neura» por algún sentido de culpabilidad.

—Luchamos por un mundo más libre, ¿verdad, Mark?

—Así es, por un mundo más libre, para nosotros y para todos, incluso para los que no tienen ni noción de lo que representa ser libres.

—La lástima es que cuando nos carguemos de artos olvidaremos estas aventuras de juventud y nos aburguesaremos como los que ahora criticamos, seremos como ellos.

—Es posible, pero eso es todavía futuro y el futuro siempre es incierto. Vivamos nuestro presente; si piensas sólo en el futuro, terminarás careciendo de presente y cuando tengas esos años de que hablas para aburguesarte, si no has tenido presente carecerás también de pasado, porque no tendrás recuerdos.

—Me estás liando, Mark.

La tomó por la cintura y la atrajo hacia si sin que ella opusiera resistencia. Comenzó a besarla en los labios con besos rápidos, besos

de provocación, besos que llamaban a la excitación hasta que ella, con su propia boca, logró retener los labios del hombre y la caricia se hizo más intensa y profunda, más total.

La sangre se fue acelerando en los cuerpos jóvenes. Tiffany pegó sus muslos contra los de él y también su vientre para sentir el calor, el contacto, la comunicación corporal entre ambos.

—No, Mark, ahora no —ronroneó ella, mirando de reojo la desvencijada cama en la que algún criado debía haber tenido sueños profundos tras largas jornadas de trabajo.

A Tiffany le gustaba tanto Mark que se sentía como borracha de sensualidad al quedar entre sus brazos, al sentirse besada, al notar la fuerza masculina oprimiendo contra su vientre. Notaba su dureza y se apretaba más contra él, como para que los dos se fundieran en una sola cosa, y ansiaba sentir la erupción de lava viva que escaparía de él para ser absorbida por ella hasta la última gota.

—No. Mark, no —gemía.

Los dedos del hombre se deslizaron casi opresivos por las ondulaciones corporales de Tiffany. Rila se estremecía, se movía, y no para escapar, sino para sentir mejor las manos masculinas en su cuerpo y hacer notar más sus curvas al tacto de Mark.

Sin dejar de besarla, pues cuando separaba su boca de la de ella Tiffany gemía. Mark bajó la cremallera de los *blue-jeans* femeninos. Hizo saltar el botón de la cintura y notó que ella se estremecía aún más.

Abrió las palmas de sus manos, separándolas una de la otra para posarlas sobre el vientre y las ingles femeninas y haciendo presión, bajó parte del pantalón de Tiffany mientras sentía el agradable tacto de las braguitas y el esponjoso abultamiento del vello pubiano que parecía hormiguear bajo lo que a él le recordaba finísima seda.

De pronto. Tiffany se echó hacia atrás, apartándose de él.

—No, no. ahora no —protestó ella, entre mareada y nerviosa, tan excitada que le faltaba el aire y casi al borde del sollozo.

Era evidente que, para resistir, tenía que llevar a cabo un gran esfuerzo y toda ella flaqueaba. Las piernas, los brazos, las manos le temblaban. La voz le salía entrecortada, los ojos se le habían enfebrecido y lo más fácil hubiera sido dejarse llevar, entregarse a las caricias de Mark, a sus besos casi devoradores, a aquella fuerza dura y potente que pretendía hendirse en ella para que ambos quedaran unidos, estremeciéndose al mismo tiempo.

—Tiffany, estoy hecho un infierno.

—Y yo gasolina. Mark. Puedo inflamarme en cualquier momento como un cóctel Molotov, pero ahora no. no...

—¿Cuándo, cuándo? Siempre te me escapas. Pareces tan asequible y cuando todo parece deslizarse bien para los dos, te

escapas, te escabulles.

—Me juraste que nunca me poseerías si yo no estaba totalmente de acuerdo.

—Te juro que algún día no podré contenerme y serás mía.

—Sí, seré tuya, pero cuando yo diga.

—¿Y qué importa un día u otro? Placer postergado es placer perdido, lo dice un proverbio árabe.

—Discúlpame, Mark, no estoy preparada.

—¿Por culpa de las represiones educacionales?

—No te pongas sarcástico ahora.

Molesto, en la soledad de aquel cuartucho que más parecía una celda monacal, Mark preguntó:

—¿Te reservas para el diablo?

—¿Qué dices? —preguntó, entre sorprendida y asustada.

—Es que te comportas como una sacerdotisa destinada a algún sacrificio sadomasoquista.

—No digas tonterías, Mark, ni que estuvieras dopado.

—Ni lo pienses, ya sabes que yo no me drogo y menos lo haría al acercarme a ti. Quiero hacerte mía con los cinco sentidos, pero en su debido orden. Quiero llenarme los ojos de ti, de tu cuerpo, de tus propios ojos brillantes y aterciopelados. Quiero gustar de tu boca, del sabor de tu piel, del suave sudor de todo tu cuerpo.

De pronto, como si una fuerza extraña les hubiera estado observando, la vieja cama de hierros rotos comenzó a gruñir. Ambos volvieron sus ojos hacia ella.

Ya con los pantalones bien puestos, pegados a sus nalgas curvas, de carnes blancas y prietas, con la cremallera subida. Tiffany se acercó mucho a Mark, como buscando su protección.

—¿Qué es esto?

Antes de responder, él permaneció unos instantes silencioso.

El ruido, casi chirriar de hierros, cesó.

—No es nada.

—¿Nada? Lo hemos oído los dos.

—Los edificios antiguos crujen y los muebles viejos, también. Las diferencias de temperaturas provocan dilataciones y contracciones que en ocasiones son ruidosas. Este edificio, por la noche, está totalmente frió y cuando llega el día recibe aumento de temperatura y…

—No sigas, a mí no me gusta esto, no me vas a convencer. Y ayer, ¿te acuerdas de lo que sucedió ayer?

—Sí, que Dahlia se puso histérica y comenzó a gritar, a gritar. —Le pasó la mano por los hombros y le pidió—: Vamos.

Abandonaron aquel lugar con la sensación de que allí no estaban solos, de que había algo o alguien más, alguien a quien no podían ver, pero que sí quería hacerse notar, y ellos ignoraban con qué

intenciones. El edificio de los tres señoriales apartamentos seguía siendo una incógnita para aquel grupo de jóvenes que lo había ocupado, posiblemente para unos meses.

Se alejaron hacia las escaleras y mientras descendían, tenían la impresión de que otros pasos bajaban tras ellos. Prefirieron decirse que se trataba del eco que se hacía mucho más intenso al hallarse el edificio vacío de muebles, cortinas y cualquier clase de elementos de decoración.

CAPÍTULO III

En la calle, en un momento de silencio del tráfico, pues había llegado la noche, se escuchó el rasgueo de una guitarra.

El *bobby* alzó su mirada hacia los anuncios publicitarios que ocupaban toda la fachada del edificio que, oculto tras la propaganda, esperaba el momento de su demolición, olvidado ya de los ciudadanos que vivían en la gran metrópoli, excepto el pequeño grupo que había escogido guarecerse en aquel lugar.

El policía, ceñudo, anduvo junto a la acera mirando hacia los anuncios, pero éstos le impedían ver lo que había tras ellos.

Se acercó a la puerta de obra que había a un lado, entre los primeros *posters* de publicidad y la fachada, pero la puerta de vieja madera aprovechada de algún otro lugar estaba cerrada. La empujó y no cedió ante la presión. El agente se encogió de hombros y prosiguió su ronda del barrio, protegido su cuerpo enjuto por el chubasquero de reflejos brillantes.

Al policía le era imposible ver que por la gran chimenea que el edificio tenía en lo alto salía humo, un humo que se disolvía en la noche y que nadie en la vecindad olfateaba, pues tenían las ventanas bien cerradas para impedir que el frío nocturno penetrara en sus viviendas.

Para no estar cerca de la calle, los jóvenes habían escogido la segunda y la tercera plantas, dejando la primera vacía.

A solas frente a la chimenea del tercer piso, Freddy cuidaba de que el fuego se mantuviera, para que así la estancia se caldeara lo suficiente para poder dormir sin pasar frió.

En lo que había sido gran salón se habían repartido mochilas, petates, maletas, y habían llevado algunos de los catres descubiertos en los habitáculos destinados a la servidumbre, ya desaparecida en el tiempo, olvidada y sin historia.

Freddy echaba lefia y le gustaba ver crepitar las llamas. Las chispas, a cientos, ascendían hacia lo alto de la chimenea, que al principio se había mostrado reacia a funcionar bien debido al mucho tiempo sin ser utilizada y a la humedad creada dentro del tubo de tiro, lo que ocasionaba vapores de agua que aumentaban la densidad de los humos.

En el salón de la segunda planta la chimenea era toda ella un ascua brillante, un fuego que parecía la puerta del infierno abierta de

par en par.

Maderas húmedas entraban en la lar y tras chisporrotear y despedir toda clase de humos, algunos no muy agradables debidos a las pinturas que llevaban las propias maderas, ardían con fuerza.

Allí también se habían dispuesto catres, mantas y sacos de dormir por el suelo, por los rincones, pegados a las paredes, y la mayoría cerca de la chimenea que despedía un grato calor.

Dos muchachos y una chica asaban carne mediante largos pinchos que acercaban al fuego, y luego sostenían entre ladrillos. Habían hecho un corro al estilo de los fuegos de campo y se contaban cosas, se rasgueaba la guitarra. Aún no habían conseguido electricidad, aunque si tenían agua.

Allí cenaban, conversaban, se sentían felices, aunque sólo fuera por aquella noche en que se hallaban protegidos del frío y de la posible lluvia que podía caer de madrugada.

Tucor comenzó a rasguear la guitarra con fuerza, otro joven sacó una armónica. Tenían guitarra eléctrica e incluso unos bongoes y un pequeño tambor, pero en aquellos momentos no los tocaron; sin embargo, comenzó una música fuerte y dura.

Tiffany saltó al centro del espacio que quedaba libre entre el fuego y sus compañeros y danzó con fuerza. A Mark se le iban los ojos tras aquel cuerpo sensual.

Silvia, la hindú, se deslizó casi como un reptil hermoso hacia la puerta y abandonó el salón. Pasó por el corredor al que se abrían varias puertas, atravesó una salita y luego, otro corredor que conducía al vestíbulo de entrada.

Comenzó a oír un rumor que sonaba como voces de fondo. Disminuyó el paso y trató de hacerlo más silencioso. Una puerta gimió ligeramente.

Silvia no se consideraba una mujer miedosa, pero al acercarse a una de las puertas que estaba abierta tuvo una sensación de miedo. Era un frío en la espalda y como si sus rodillas perdieran la fuerza, una angustia en la garganta, una picazón fría en las raíces de los cabellos.

Aligeró el paso y al cruzar por delante de la puerta que debía dar a una habitación miró de reojo y tuvo la impresión de que había una luz o algo que fosforescía, y no deseó averiguar de qué se trataba.

Salió a la escalera y le pareció oscurísima. Sólo una débil claridad penetraba por la claraboya, sobre la cual comenzó a repiquetear la lluvia, produciendo un rumor de fondo que iba en aumento.

Silvia, como la mayoría del grupo, tenía una linterna, pues en muchas ocasiones habían de servirse de ellas en la noche, ya que carecían de una casa con todas las comodidades.

Iluminó la escalera y subió aprisa. La sensación de miedo la perseguía, era como si tras ella hubiera alguien. De pronto, en mitad del tramo de la escalera, se detuvo y quedó atenta. Pudo oír cómo el rumor de una respiración que no estaba lejos.

—¡Ya está bien de bromas! —exclamó.

Había agotado toda su energía en aquellas palabras.

Subió corriendo los peldaños que le faltaban para llegar a la tercera planta al no recibir respuesta alguna, y se introdujo en el gran piso que tenía la puerta abierta. Podía oír ruidos lejanos.

Ayudada por la linterna, corrió por los pasillos temiendo perderse, apartándose de las puertas que parecían bocas dispuestas a engullirla hasta que llegó al salón donde la luz procedía de las propias llamas de la chimenea. Freddy, el mulato británico, se volvió hacia ella. —Silvia, ¿eres tú?

Ella suspiró fuertemente. Disminuyó la velocidad de sus zancadas y acercándose al joven se sentó a su lado frente al fuego, aunque lanzó una mirada hacia atrás, hacia las puertas que ofrecían su impenetrable oscuridad.

—¿Qué pasa, has venido corriendo?

Ella se volvió hacia él, le abrazó y sorbió con su boca la masculina, como si pretendiera arrancarle el alma.

—Tranquila, tranquila, vienes muy excitada. ¿Qué están haciendo abajo, tomando «caballo»?

—Freddy, Freddy, he pasado mucho miedo.

—¿Miedo? No sabía que fueras miedosa —se rió el joven, mitad blanco mitad negro.

—Es que… es que...

—¿Qué?

—He oído ruidos, como respiraciones.

—Será la lluvia.

—Es que me ha parecido ver como algo fosforescente en una habitación.

—¿Ah, si, cuál?

—No lo sé, estos pisos son tan grandes...

—Las casas viejas y solitarias siempre están llenas de ruidos.

—Hum, creo que alguno me ha querido gastar una broma.

—¿Quién?

—No lo sé, me ha parecido que todos estaban abajo, pero hay tan poca luz, todo son sombras, velas, y a la luz de las llamas de la chimenea, como aquí. Alguno ha podido deslizarse sin que lo notáramos.

—Tonterías. Lo importante es que tú y yo estemos aquí, solos, frente a las llamas de una chimenea, mientras afuera llueve. Has de reconocer que no hemos tenido un lugar tan bueno como éste para

hacer el amor.

—¿El amor?

—Pues claro. ¿A qué has subido aquí, si no? Tú sabías que yo estaba aquí solo manteniendo el fuego de la chimenea; si has venido ha sido para que encendiera también tu fuego y te hiciera arder por dentro. ¿No es así?

—Está bien, reconozco que es un buen lugar —aceptó Silvia, comenzando a quitarse las ropas cerca del fuego de la chimenea—. Aunque hace un poco de frío.

—El fuego tardará en quitar la humedad de las paredes de la casa, después de tanto tiempo vacía.

Los dos cuerpos jóvenes no tardaron en quedar desnudos el uno frente al otro. Entre Freddy y Silvia se producía un amor chisporroteante, era como acercar entre si unos cables de alta tensión. Dentro de cada uno de los dos cuerpos se producía una oleada de intenso calor que dejaba sus pieles ligeramente húmedas, pieles que brillaban a la luz rojo oscura de las llamas del hogar.

Freddy parecía devorar el cuerpo femenino en la forma en que lo besaba. Besaba y besaba brazos, muslos, costados, caderas, vientre. Succionaba sus pechos como si quisiera engullirlos y ella gemía y se quejaba gozosamente mientras sus dedos buscaban y hallaban la bolsa, la fuente del poder masculino, y la oprimía y retorcía, con tal placer y fuerza que él cerraba los ojos y soltaba la presa que en aquellos momentos tuviera entre los labios.

Lo que ninguno de los dos veía era que las llamas de la chimenea aumentaban, crecían y crecían como si hubieran arrojado gran cantidad de leña muy seca y menuda. Ellos, ahora encogidos, ahora tendidos, cambiaban de postura continuamente, rodando sobre el piso como dos fierecillas que jugaban a pelearse, mezclando la suave y perfumada sudoración sensual de sus cuerpos mientras ensortijaban sus dedos con los cabellos y el vello del otro.

Llegó un instante en que las llamas salieron de la chimenea como si fueran tentáculos ansiosos de atrapar a la presa y casi alcanzaron el cuerpo joven y hermoso de Silvia, pero en aquel instante la pareja había girado sobre sí misma, alejándose unos palmos de la chimenea.

Freddy quedó ahora sobre la chica que reía y él trataba de unirse a ella en forma inseparable para llegar así a la culminación de aquel juego amoroso, pero Silvia tomó las tetillas del mulato entre sus pulgares e índices y las pellizcó con maligna violencia al tiempo que las retorcía.

Freddy dio un grito. Ella se rió y se escabulló de debajo de él como si quisiera prolongar el juego.

Se apartó hacia la chimenea para no perder lo que ella creía la protección del fuego que ahuyentaba el desagradable frío cuando las

llamas volvieron a salir de la chimenea como si fueran parte de un maligno animal y envolvieron a la joven que al verse rodeada de fuego, gritó desesperadamente.

Freddy, desnudo, se puso en pie de un salto y vio algo que le pareció incomprensible. Las llamas engulleron el cuerpo femenino hacia el interior de la chimenea y los gritos pasaron a convertirse en agudos chillidos.

—¡No, Dios, no! —exclamó Freddy, incrédulo, frotándose los ojos ante lo que estaba viendo.

Dentro de la chimenea, Silvia estaba envuelta por el fuego y ennegrecía rápidamente, sin poder escapar a las llamas, que la retenían como si la mantuvieran sujeta de pies y manos.

Freddy avanzó hacia la chimenea con el instinto de ayudarla, pero de la boca de ésta brotó una rugiente llamarada que casi le alcanzó y le obligó a retroceder, poniéndole a raya. Era como una fiera que acababa de cobrar su presa, y no dejaba que nadie más se le acercara para poderla devorar a placer.

—¡Noooo, noooo! —gritó Freddy.

Echó a correr, escapando de aquel salón iluminado por las llamas que consumían el cuerpo de Silvia.

Corrió por los pasillos sin luz, tropezando, dándose golpes, como un ciego que se sintiera perseguido por las fieras y sin poder ver qué obstáculos iban a cortarle el paso.

Salió del gran apartamento. Sobre la gran claraboya de la que pendía la enorme araña de bronce se podía oír el rumor de la lluvia, que era más intenso ahora.

—¡Noooo, noooo!

Perdió pie y comenzó a rodar por la escalera tratando de agarrarse a los peldaños con sus manos engarfiadas. Cuando llegó al siguiente rellano, una luz le dio en el rostro.

—¡Noooo!

CAPÍTULO IV

—Freddy, ¿qué le ocurre?

—Mark — musitó, ahogadamente.

—¿Te has hecho daño? —insistió Mark, ayudándole a incorporarse.

—Está temblando —observó Tucor.

—Es horrible —se quejó Freddy, casi sollozando.

—¿Horrible, el qué? —preguntó Mark. —Arriba.

—¿Arriba?

Tucor prefirió anteponer la salud del compañero.

—¿Seguro que no te has roto un hueso? Has caído desde arriba.

—Sí, creo que sí, huía sin luz para ver.

—Estás desnudo, vas a coger una pulmonía —le observó Mark—. ¿Y tus ropas?

—Arriba.

—Pues vamos arriba. No puedes andar desnudo por este edificio con el frío que hace.

—Con razón tiembla, habrá cogido una borrachera de campeonato —rezongó Tucor.

—Sí, vaya curda lleva —admitió Mark.

—No he bebido —protestó Freddy, tartajeante.

—¿Ah, no? —preguntó Tucor—. Vamos, arriba.

Mark le reconvino:

—Podías haberte matado.

—¡Es horrible, horrible!

—Pero, ¿el qué es horrible? —inquirió Tucor.

—Silvia, arriba, en la chimenea...

—¿Le ha pasado algo a Silvia?

—Se ha quemado viva.

—¡Vamos, arriba! —exigió Mark.

Obligaron a Freddy a subir casi corriendo.

Mark iba delante y Freddy le seguía dándose golpes. No podía moverse bien, era obvio que la caída por la escalera le había dañado más de lo que él mismo suponía.

Llegaron al salón. En el suelo estaban las ropas de Freddy. La chimenea ardía con normalidad. Los maderos que habían encontrado se quemaban lentamente, dejando escapar los olores nada agradables de los barnices.

Mark preguntó:

—¿Dónde está Silvia?

—Ahí, ahí dentro.

Freddy señaló la chimenea donde las llamas crepitaban sin demasiada fuerza, armoniosamente.

Como si no viera bien, Tucor se aproximó al hogar y observó los maderos que ardían.

—Aquí no está.

—Está ahí, os lo juro —farfulló temblando, ya no sabía sí de frío o de terror.

—Aquí no hay ni rastro —le dijo Mark también.

—¡Estaba ahí, ahí dentro, envuelta en llamas, os lo juro!

—¿Qué clase de «mierda» te has inyectado? —inquirió Mark, sombrío.

—¿Qué hacías desnudo? —preguntó Tucor a su vez.

—Estábamos, estábamos haciendo el amor —explicó Freddy, dando sensación de gran confusión— cuando, cuando el fuego la ha atrapado como si fuera una red y se la ha llevado al interior de la chimenea para quemarla viva, yo lo he visto.

—Así que estabais haciendo el amor —rezongó Mark.

—¡Si! —gritó Freddy, al borde del estallido.

Su piel mulata brillaba más por el sudor a la luz del fuego, temblaba y sudaba al mismo tiempo.

—¿Y ella estaba desnuda? —preguntó Mark.

—Sí, claro que sí.

—¿Y dónde están sus ropas?

—¿Sus ropas? —Freddy miró por el suelo, buscándolas.

—No hay más ropas que las tuyas, Freddy —le dijo Mark, casi con severidad.

—Os juro que estaba ahí, os lo juro —sollozó Freddy.

—Ha cogido una «mierda» que no hay quien lo aguante —gruñó Tucor—, A Freddy le gusta hacer mezclas de fármacos.

—¡No he tomado nada, os lo juro, nada!

—Ponte ropas y a dormir, abajo estarás mejor que aquí solo —le dijo Mark—, Estar solo en una casa deshabitada, solo con un fuego y habiendo tomado droga, no es bueno.

—No he tomado nada, nada —insistió Freddy, vistiéndose.

—Silvia andará por ahí, jugando al gato y al ratón —dijo Tucor.

—Cuando la vuelvas a ver te darás cuenta de que has sufrido alucinación —intentó tranquilizarle Mark, pues observaba que Freddy estaba muy impresionado y al paso de las horas, posiblemente aparecerían los intensos dolores producidos al caer por la escalera, y ya había sido una gran suerte que no se hubiera desnucado.

Tucor echó unos maderos más a la chimenea para que se

mantuviera el fuego.

—Por lo menos no hace mucho frío aquí —observó—, se podrá dormir bien.

—Vamos abajo.

Mark cogió a Freddy por la cintura, ya que le veía con dificultades para caminar.

—No encontraréis a Silvia, no la encontraréis, el fuego la ha raptado y la ha devorado.

—He oído gritos y por eso he acudido —explicó Mark—, pero ya verás cómo está escondida por alguna parte. Cállate, no digas nada a los demás sobre tu alucinación.

—No ha sido una alucinación, no ha sido una alucinación —protestó con reiterada insistencia, pero sin demasiada fuerza en su voz; se sentía vencido.

Descendieron de nuevo la escalera.

En el salón del segundo piso todo estaba como si nada hubiera ocurrido. Nadie se había enterado de nada. Seguía rasgueando la guitarra, sonaban los bongoes y el pequeño tambor. El fuego ardía fuerte y algunos se habían dormido ya.

—¿Qué le sucede? —preguntó Tiffany, acercándoseles.

—Ha tenido una alucinación, busca a Silvia.

—¿Silvia?

—Sí, debe andar por ahí. Creo que está jugando a esconderse.

Tiffany se apartó de ellos y buscó entre los compañeros allí reunidos y que parecían estar pasándolo bien. Habían cenado, tenían calor y afuera continuaba lloviendo. Si alguien pasaba por la calle, lo haría aprisa, tan aprisa que no oiría nada. El *bobby* de barrio seguiría velando por la tranquilidad del sueño de cuantos vivían en aquel sector de la gran ciudad.

La linterna de Tiffany se encendió y comenzó a avanzar por el corredor, ya que no había encontrado a Silvia en el salón.

—Silvia, Silvia…

Llamaba sin fuerza, como en el fondo temerosa de oír una respuesta que no le agradase.

Se fue alejando de salón, pero la música que hadan sus compañeros aún podía oírse.

—¡Silvia, Silvia!

Cada vez que pasaba frente a una habitación lanzaba el haz de la linterna hacia su interior. Veía la estancia vacía, pero había algo más y no eran ratas, escarabajos ni nada que se le pareciera, allí no había qué comer. Siguió adelante, hasta llegar a la puerta de entrada.

Al llegar a la escalera no supo en qué dirección mirar; comenzaba a sentirse demasiado sola.

—Silvia, Silvia…

De pronto su voz pareció sonar con un tono muy alto, desmesuradamente alto. El nombre de Silvia encontró eco en la escalera y se multiplicó de tal forma que parecía que nunca iba a dejar de sonar, como si estuviera en una profunda sima donde se abrieran cientos de galerías.

—Tiffany...

La voz llegó desde muy lejos, tan lejos que le pareció producto de su imaginación. Alzó la mirada hacia el piso y tuvo la impresión de que una figura fosforescente, pero con escasa luz, se hallaba junto a la entrada de la escalera que conducía a las estancias que en otros tiempos ocupara la servidumbre.

—Dios mío.

Un escalofrío recorrió su espalda. Tuvo fuerzas para lanzar la luz de la linterna en aquella dirección, pero el foco no descubrió nada,

Lo que le pareciera una figura humana fosforescente se había disuelto en las tinieblas que imperaban en todo el edificio, excepto en los dos salones donde ardían sendos fuegos.

—¡Silvia!

Comenzó a subir los peldaños. Cuando llegó al tercer piso, oyó gemidos. Buscó la causa con la linterna y descubrió que la enorme araña de bronce, de gran peso sostenido por una cadena que pendía del centro de la artística claraboya por la que goteaba agua que caía al fondo de la escalera, produciendo unos ruidos característicos, se movía. Siguió con la luz de la linterna la oscilación de la lámpara sin darle mayor importancia.

—Tiffany...

Sacudió la cabeza, le parecía haber oído su nombre de nuevo, como si Silvia o alguien la llamara desde algún lugar lejano y casi oculto. —Silvia, ¿estás ahí?

Abriéndose paso con la linterna, se internó en el gran apartamento de aquel tercer piso. Si le hubieran pedido de antemano que se introdujera en aquel lugar solitario, a solas, habría respondido que no era capaz, pero ahora ya estaba allí y no retrocedía; buscaba a Silvia y se sentía atraída porque alguien la llamaba a ella por su propio nombre. Cada estancia oscura la estremecía.

—Silvia, ¿estás ahí?

Comenzó a oír un rumor perceptible. Vio luz al final de un pasillo y con cierto temor, se fue acercando hasta que llegó al salón donde las llamas crepitaban en la Chimenea.

—¡Silvia! —llamó ahora con voz enérgica, como para animarse a sí misma.

Tiffany se sintió atraída hacia la chimenea, hacia el fuego que a ojos vista comenzaba a aumentar. Como hipnotizada, se fue acercando a la chimenea, atravesando por el centro el gran salón que en otros

tiempos debía haber brillado por su magnificencia; pero ahora sólo las llamas de la chimenea lo llenaban. La chimenea semejaba tener vida propia, como si fuera algo humano o infrahumano. El fuego llenaba ahora toda la boca. A dos pasos del fuego, Tiffany se detuvo. Se volvió y llamó de nuevo:

—¡Silvia!

De pronto, el fuego, como una gran lengua, salió de la chimenea tratando de alcanzarla. Tiffany se dio cuenta y saltó hacia atrás a tiempo de evitar que las llamas la envolvieran.

Como una fiera furiosa por no haber conseguido su presa, la chimenea rugió. Cualquiera hubiera podido decir que el rugido se debía al fuerte tiraje, a la gran intensidad del fuego, pero Tiffany se asustó.

Dejó de mirar a la chimenea como algo sin vida; aquella chimenea tenía vida propia, o cuando menos lo que había dentro de ella. Tuvo la impresión de que se hallaba frente a un monstruo, a algo incontrolable, algo que superaba su racionalidad humana y retrocedió más y más hasta que terminó por correr.

En aquellos momentos se produjo un fenómeno que asustó más a la ya amedrentada Tiffany. Las puertas del gran piso comenzaron a dar fuertes portazos, a golpear contra los marcos de forma ensordecedora.

Tiffany comenzó a chillar mientras corría, el terror se había apoderado de ella. Los portazos eran como una música enloquecedora, sonaban casi como explosiones. A la joven le parecía que de un instante a otro las puertas iban a caer sobre ella, aplastándola. Consiguió llegar al vestíbulo de entrada cuando el portazo fue terrible. La gran puerta se había cerrado antes de que ella pudiera escapar.

—¡Abrid, abrid! —comenzó a chillar, golpeando con sus puños la pesada puerta.

El fragor de la chimenea había aumentado, porque ahora llegaba hasta ella después de traspasar todo el gran piso.

—¡Nooo, nooo! —gritó, sin cesar de golpear la puerta que era incapaz de abrir.

Súbitamente, se sintió empujada hacia atrás y una sombra se abalanzó sobre ella.

—¡Noooo!

—Tranquilízate, Tiffany, soy Mark.

—¡Mark!

Se arrojó en sus brazos, estrechándose contra él convulsivamente, incapaz de mantener un control de sus emociones.

—¿Qué te pasa, mi amor, qué te pasa?

La besó en los cabellos, la acarició, la estrechó fuerte contra si para pasarle a través de la piel, de las mismísimas ropas, su fuerza, su

seguridad.

—Tengo miedo.

—No temas, habrá sido una ráfaga de viento, he oído el ruido de las puertas. Las puertas no tienen cerraduras y con el viento, golpean; ésa es una particularidad de las casas abandonadas. Las puertas golpean, gruñen, gimen los goznes y parece que estén encantadas, pero no es más que el viento.

—No. Mark, no, es más que el viento, hay otra cosa, sí, la hay.

—Vamos, vamos, no hay más. Es el viento, la noche tormentosa. ¿No oyes la lluvia? — Señaló la gran claraboya en forma de bóveda semiesférica—. El agua cae y golpea. Los ruidos, al no haber muebles ni cortinajes, se multiplican y además está el fenómeno de que en las casas abandonadas oímos más que si estuviéramos en otra casa. Cada sonido, cada ruido, parece tener una identidad muy propia, estamos en máxima alerta. Queremos identificar cada uno de los ruidos y a cada uno de ellos le damos un significado distinto del que verdaderamente tiene.

Mark trataba de tranquilizarla, mas no estaba seguro de que sus palabras surtieran el efecto deseado.

—Mark, tengo miedo.

—Parece que este edificio…

Mark calló, se dio cuenta de que iba a decir algo que podía aumentar la inquietud de Tiffany. Miró hacia la lámpara. La gran araña de bronce que había perdido sus lágrimas de cristal de roca, una lámpara que en sus tiempos de esplendor debía haber brillado magnífica.

—¡Se mueve, Mark, se mueve!

—Sí, se mueve. No sabemos por qué razón, y tendrá una explicación lógica. Vamos, será mejor que esta noche durmamos todos en el mismo lugar; mañana ya inspeccionaremos la casa y, con unos cuantos clavos y maderas, sujetaremos las puertas, y si conseguimos luz, todo irá mejor. Vamos, Tiffany, vamos…

CAPÍTULO V

El día estaba encapotado. Había dejado de llover a la amanecida y al otro lado de los anuncios publicitarios, débil muro que separaba el edificio del resto de la gran metrópoli, los ciudadanos se movían de un lado a otro, pero cada uno de ellos sabía adónde tenía que ir. Observados desde lo alto, parecían seres enloquecidos, entremezclándose a pie, en coches, en autobuses, en el metro. Era como un demencial hormiguero sin embargo, individualmente sabían muy bien adónde dirigirse.

Como que se habían dormido muy tarde y la barrera de la publicidad, casi tan alta como el propio edificio, les privaba en gran parte de la luz diurna, los jóvenes despertaron tarde. Ellos no tenían un lugar inmediato adonde presentarse y fichar para cobrar un salario a fin de mes, que les permitiera sobrevivir y comprarse algunos artilugios electrónicos con los cuales tratarían de alcanzar la felicidad o cuando menos, así lo prometían en la publicidad que les asaltaba desde las pantallas de televisión o desde el enorme mural lleno de recuadros propagandísticos que cubría aquel edificio recién ocupado.

Peinándose los cabellos con los dedos después de haber pasado por el aseo, que funcionaba gracias a las mangueras de goma de alta presión que con astucia y habilidad habían conseguido conectar a la red de aguas sin que nadie se enterase, Mark encontró a Tucor que llevaba un rollo de cable colgado de los hombros.

—¿Has encontrado a Silvia?

—No.

—¿Qué crees que puede haber ocurrido?

—No lo sé, se ha esfumado.

—Freddy se ha quedado en plan «muermo», no reacciona, es como si hubiera tomado una sobredosis.

—Este edificio es grande. Uno se puede esconder dentro y hasta que lo encuentren pasará tiempo. Además, quedan armarios medio ocultos y quién sabe si hasta tiene pasadizos secretos.

—¿Pasadizos secretos? —repitió Mark.

—Los edificios viejos los tenían.

—Tengo miedo de que Freddy haya cometido una estupidez con Silvia.

—¿Una estupidez? —preguntó Tucor—, Si se querían... verles hacer el amor a ellos era todo un espectáculo, una lección integral del

Kamasutra.

—Bueno, seguiremos buscándola.

—¿Por dónde?

—No lo sé, por todo el edificio. Estoy convencido de que Silvia no se ha ido, sus cosas están arriba.

—No pensarás que Freddy se la ha cargado y la ha escondido en alguna parte.

—Todos somos amigos y creemos conocernos, pero ¿quién sabe lo que puede hacer uno de nosotros en un momento dado? Somos un misterio, incluso para nosotros mismos. Yo trato de ser muy racional, pero hay cosas que no las entiendo.

—¿Crees que este edificio es *poltergeist?*

—¿Un edificio encantado, quieres decir?

—Si.

—Lo ignoro. El edificio se conserva muy bien, tiene paredes sólidas que han resistido dos siglos o más, pero aún aguantarían otros dos más. Es un edificio de sólidas paredes, pero no deja de ser viejo. Ha tenido reparaciones y remozamientos como la claraboya de la escalera que no tendrá siquiera cien años, pero sus cimientos pueden tener problemas sin que lo sepamos.

—¿Quieres decir que el edificio se mueve solo porque está mal cimentado?

—Nunca se sabe, pueden haberse abierto grietas, entre las que discurra el agua de la lluvia. En fin, muchas cosas pueden provocar los ruidos que nos parecen fantasmales. Por supuesto, no vamos a llamar a ningún parapsicólogo para que se divierta aquí. De pronto, por la puerta que comunicaba lo que había sido un comercio de venta de tejidos con el vestíbulo de la escalera, apareció un anciano tocado con un sombrero elegante aunque algo usado, lo mismo que su abrigo oscuro.

En su mano llevaba un paraguas con empuñadura imitación de marfil. Su rostro era apacible y en él destacaba su frondosa barba plateada.

—Buenos días, jóvenes.

—Hola —saludaron los dos.

Mark preguntó:

—¿Busca algo?

—Sí, quería ver a Dahlia. Anda por aquí, ¿verdad?

—¿Dahlia? —repitió Tucor—. ¿Cómo sabe que ella está aquí?

—Ah, si es el doctor Webber —dijo Tiffany, que se les acercó tras descender por la gran escalera.

—Hola, señorita. Nos conocemos, ¿verdad?

—Sí, le vi en el hospital —recordó ella.

—Ah, sí, claro, yo estaba en el hospital. Estuve allí durante

cincuenta años, me dieron una medalla. —Suspiró.

—¿Por sus éxitos en el hospital? —inquirió Mark.

—No creo, más bien diría por mi constancia.

—¿Qué hacía en el hospital? —quiso saber Tucor.

—Un trabajo difícil que muchos rehúyen: autopsias.

Tucor forzó una sonrisa de circunstancias.

—Bueno, yo me voy. No creo que por ahora me hagan falta sus servicios profesionales.

—Eso nunca se sabe, joven, nunca se sabe.

—Busca a Dahlia —dijo Mark a Tiffany.

—¿Para qué la quieres ver?

—Su salud me preocupa.

—Pues por arriba andará.

—¿Por qué piso?

—El segundo —respondió Mark.

—Y no hay ascensor. En fin, menos mal que los peldaños son buenos de subir.

—¿Quiere que la llamemos? —se ofreció Mark.

—No es necesario, ya la encontraré yo.

El anciano doctor Webber les dio la espalda y se enfrentó a la amplia escalera.

—Mark...

El joven se volvió hacia Tiffany, dándose cuenta de que ésta quería hablarle en confianza.

—¿Qué pasa?

—El viejo doctor.

—¿Qué ocurre con él?

—Que no me gusta.

—¿Por qué, qué daño puede hacer?

—Del hospital, lo echaron.

—¿Que lo echaron, estás segura?

—Bueno, no exactamente, supongo que su vida profesional la terminó bien, pero él insiste en regresar al hospital y acosa a los pacientes, pese a que se lo han prohibido taxativamente. Delante mío lo sacaron de la habitación de Dahlia pidiéndole que no molestara, que dejase en paz a los pacientes, que se limitara a vivir su jubilación.

—Comprendo a ese hombre. Ha de ser duro estar toda una vida metido en un mismo lugar como es un hospital y, de pronto, porque ha llegado su hora de jubilarse, le exigen que se vaya a otra parte. Se encuentra desplazado y debe rebelarse. Les pasa a muchos, otros lo asumen y entran en un *stress* senil que les lleva a la tumba en cuestión de meses. —Todo lo que tú quieras, pero su especialidad es un poco inquietante, ¿no te parece?

—Bueno, hacer autopsias no debe ser nada agradable, cierto,

pero es un trabajo que alguien tiene que hacer. Quizá se han explicado demasiadas historias al respecto y al forense que las hace lo convertimos en una especie de Frankenstein.

—Esperemos que no sea un viejo brujo.

Mark y Tiffany se alejaron, conversando, cambiando impresiones mientras el anciano doctor llegaba al segundo piso y se introducía en el gran apartamento.

Se cruzó con dos jóvenes que le observaron interrogantes, pero no le llegaron a preguntar nada.

El anciano médico, como si acabara de llegar a la residencia de uno de sus pacientes, siguió adelante sin la menor preocupación, sin preguntar, como si estuviera seguro de que iba a encontrar al paciente en la cama, aguardándole. Pero allí no había camas, no había muebles, una gran sensación de abandono lo invadía todo. El agua se había filtrado por algunas ventanas, además de por la gran claraboya que había en el centro de la escalera, cubriéndola.

El gran salón estaba algo más caldeado, la chimenea seguía siendo alimentada.

Dahlia se hallaba sentada en el suelo, junto a uno de los grandes ventanales por los que apenas entraba luz debido al muro de publicidad que casi estaba pegado a sus balcones.

—Dahlia.

Ella se volvió, despacio.

—Doctor Webber...

—Sígueme, buscaremos un lugar más tranquilo para hablar.

—Lo que usted diga, doctor Webber —respondió ella muy sumisa, cambiándosele la mirada.

Estaba dominada por completo. Si el doctor Webber le hubiera pedido en aquellos instantes que cogiera el fuego con sus manos, lo hubiera hecho.

Mientras ellos abandonaban el salón, comenzaron a oírse fuertes golpes. Los jóvenes habían decidido cerrar las puertas de las estancias que no iban a utilizarse en absoluto y para ello estaban claveteando las puertas, empleando maderas y largos clavos. Habían resuelto que su sueño no quedaría perturbado más por los violentos portazos.

—Sígueme. Dahlia, sígueme —le pidió el anciano doctor Webber, el cual se apoyaba en su recio paraguas cuando su cuerpo flaqueaba.

Salieron del gran apartamento y el viejo comenzó a subir el siguiente tramo de escalera. Dahlia le siguió sin objetar nada, sin hacer preguntas; su mirada parecía la de un zombi.

CAPÍTULO VI

La luz bailaba ante sus ojos, era como un sol que se desplazaba a derecha e izquierda, arriba y abajo. Giraba en círculos, cambiaba de dirección, hasta que aquella poderosa luz que la cegaba sin dañarle, sin obligarle a cerrar los ojos, quedó quieta bruscamente, como si hubiera llegado a su cénit. La luz se hizo intensa, muy intensa, pasó del blanco al amarillo y del amarillo cegador, poco a poco, al anaranjado y al rojo intenso después.

Dahlia era incapaz por si misma de saber lo que le ocurría.

—Búscalos, Dahlia, búscalos —le pidió una voz quejumbrosa que llegaba de muy lejos, tan lejos que parecía de otro mundo.

Sin embargo, la muchacha sabía que estaba obligada a obedecer y comenzó a avanzar. No sabía hacia dónde se internaba en aquel mundo en el que la luz ambiental era rojo oscura, como si los ojos tuvieran que ver a través de un vaso de agua en el que se hubieran disuelto unas gotas de sangre: no veía con total y absoluta claridad.

—¿Adónde voy, adónde voy? —preguntó con un gemido que revelaba el miedo que sentía.

—Dahlia, búscalos, búscalos. Tú puedes encontrarlos, tú puedes —le repetía la voz quejumbrosa.

Siguió internándose en aquel mundo desconocido, un mundo que podía estar en otra dimensión, pero había un hilo de vida que la sujetaba al mundo al que pertenecía, un hilo que podía llamarse simplemente miedo.

Comenzó a oír fuertes portazos, portazos que sonaban como estampidos, como explosivos estallando cerca de sus oídos. La muchacha de elevada estatura y cabellos rubios se estremecía a cada portazo y su respiración se quebraba, una respiración ya entrecortada que revelaba la angustia que la invadía.

—No quiero, no quiero —gimió sin demasiadas fuerzas.

—Búscalos, búscalos —ordenó la voz que llegaba de lejos y que todo lo llenaba, una voz que parecía nacer y morir dentro de su propio cráneo.

¿Hacia dónde avanzaba? Dahlia no lo sabía. Debía seguir adelante pese al intenso miedo que sentía, un miedo que la ataba al mundo de la razón, porque se daba cuenta de que acababa de sumergirse en otro mundo, en otro plano distinto, en un espacio donde lo más fantástico y terrorífico podía ocurrir y no tenía forma de

escapar.

No sabía dónde estaba la puerta para saltar al mundo al que pertenecía. ¿Arriba, abajo, delante, atrás? ¿Hacia dónde tenía que escapar para encontrarse de nuevo con sus compañeros, qué era lo que tenía que hallar?

Los portazos se sucedieron como las descargas de una batería de cañones que detonaran junto a sus oídos, y parecía querer reventarlos y la sangre fluiría por ellos rojioscura y luego el cerebro, también reventado, licuado, se vaciaría por los propios oídos.

—¡Quiero irme, quiero irme!

Se hallaba de nuevo al borde de la histeria, pero seguía avanzando por pasadizos, por corredores, atravesando salas y estancias. A derecha e izquierda, las puertas estallaban con violencia y volvían a abrirse.

En lo alto divisó más claridad y a contraluz, envuelta en la luz rojiza de aquel enigmático mundo, destacaba la gran lámpara de bronce.

Se encontró con una amplísima escalera y sintió vértigo ante ella, pues por un instante la escalera le pareció que se hallaba plana. Luego ascendía y descendía, se transformaba ante su vista sin que Dahlia pudiera llegar a comprender cómo. De pronto se lanzó.

—¡Aaaaaaaaah!

La joven voló escaleras abajo sin tocar los peldaños con sus pies. Volaba en descenso por la escalera circular, era un vuelo desagradable y angustioso, temía acabar estrellándose contra el suelo.

Voló y voló en círculo hasta que súbitamente quedó frente a una puerta pequeña, tan pequeña que tuvo que encoger se. Era una puerta negra como la misma noche, una noche sin luz, sin estrellas, quizá era la puerta al Más Allá, al mundo al que ella no quería sallar, una puerta de la que emanaba un rumor que producía en su respiración como una fuerte sensación de asma.

Se escuchó un portazo y tuvo la impresión de que la puerta acababa de abrirse sola, con violencia; sin embargo continuó sin ver nada.

Era una puerta negra que se había abierto a la negritud. Con temor, alargó su mano hacia adelante para asegurarse de que la puerta ya no estaba frente a ella.

No supo si una fuerza invisible, intangible como el viento, la empujaba hacia delante u otra fuerza desconocida la succionaba. Fuera lo que fuese, traspasó el umbral y rodó dolorosamente por el suelo enlosado.

Comenzó a desplazarse, empujada y arrastrada al mismo tiempo por fuerzas desconocidas.

Al rozar contra el suelo y las paredes, sus ropas se rasgaban, se

hacían jirones, se abrían como si fueran de papel. Sus pechos jóvenes saltaron al aire sin ropa que los contuviera ni ocultara. Los pantalones, rotos también, se quedaron sin que ella supiera dónde, en medio de golpes y rozaduras que quemaban. Iba sintiendo su desnudez.

—No, no, nooo —gemía, suplicaba.

Sin ropas que la protegieran, su figura algo delgada, pero de curvas bien marcadas llegó a una amplia estancia de techo oscuro y sucio, con paredes de ladrillo desnudo.

Descubrió entonces unas figuras fosforescentes que tenían vagos perfiles humanos. Había varias, quizá cinco, quizá siete. Dahlia se incorporó, humillada en su forzada desnudez, al descubierto sus pechos, sus curvas glúteas, su pubis ligeramente claro y rizado.

Las figuras se entremezclaron, rodeándola.

De pronto se sintió violentamente empujada por una fuerza a la que no pudo oponerse y creía que iba a estrellarse cuando una de aquellas figuras fosforescentes, fantasmales, apareció ante ella y la empujó, pero era como si careciera de brazos, como si la fuerza emanara de la propia muchacha. Dahlia salió violentamente hacia atrás y creía que iba a caer cuando de nuevo fue empujada en otra dirección.

Se vio dentro de la humillante rueda donde era empujada de un lado a otro sin poder hacer nada por escapar: había caído en aquel cerco demencial dentro de un mundo fantasmagórico y rojizo.

Comenzó a gritar y sus propios gritos la obsesionaron.

Los empujones cesaron y se encontró tendida sobre una plataforma, rodeada por los fantasmas cuyos rostros, en algunos instantes, llegaba a entrever.

Unas manos que no veía comenzaron a presionar su cuerpo. No eran caricias suaves, eran como fuertes masajes que estimulaban su sangre haciéndola correr aceleradamente por las venas.

Sintió dolor en sus pechos comprimidos, en sus piernas. Su carne se humedeció y ella no supo si de sangre o sudor.

Notó mil golpes dolorosos en su cuerpo, y luego la plataforma comenzó a desplazarse.

Detrás de su cabeza se abrió una compuerta y apareció la boca de un horno lleno de fuego. Las llamaradas salieron por él como largas lenguas que fueran hacia Dahlia.

—¡Nooo, nooo! —gritó la muchacha que se sentía tan sujeta como si en su cuello, muñecas y tobillos hubieran abrazaderas de acero.

Fue arrojada hacia el interior del horno y allí se vio en vuelta en llamas.

Consiguió arrodillarse. Sentía un fuerte calor, pero no todo el que temiera. Miró en derredor con ojos enfebrecidos. Unida al terror que

la embargaba, sintió una fuerte oleada de sexualidad que recorría todo su cuerpo.

Pensó en Michy y deseó su presencia física, sintió desesperadas ansias de gozar la sexualidad. Anhelaba la unión corporal mientras jadeaba de terror, envuelta en un fuego que no la abrasaba.

A través de las llamas descubrió cuerpos humanos, cadáveres femeninos. Unos eran ya puros esqueletos adornados con sus ajadas cabelleras; otros estaban como horriblemente momificados y, de pronto, la descubrió caída en un rincón…

—¡Silvia!

En aquel preciso instante una de las llamaradas la atacó, como poseedora de vida propia, y la empujó por la espada. Dahlia cayó de bruces y la desesperada ansia de sexualidad comenzó a ser satisfecha, con tal violencia que gritó y gritó de dolor mientras sus dedos se hundían en la ceniza encendida.

Estaba siendo poseída por una violenta llama que se introducía en su cuerpo y la sacudía con inusitada violencia mientras se producía un gran fragor dentro del horno. Increíblemente para ella misma, dentro del gran dolor y terror que sentía, llegó al máximo placer en un violento orgasmo.

—Te odio, te odio, te odio… —gimió Dahlia, tumbada boca abajo, sin quemarse en medio del fuego.

El fragor aumentó y su cuerpo fue elevado en el aire. Chocó contra el techo curvo y del techo fue a caer de nuevo al suelo y luego contra las paredes, como si se hallara atrapada por un tornado que la succionaba y enviaba de un lado para otro, golpeándose contra techo, suelo, paredes. La sangre comenzó a manar por su boca, por sus oídos, hasta que cayó desplomada, con los ojos abiertos. Y en ellos podía verse algo fantástico, como si acabara de hacer la fotografía de un horrible rostro hecho de fuego.

CAPÍTULO VII

—¡Dios mío! —exclamó Tiffany al descubrir al anciano doctor Webber caído al pie de la escalera en el vestíbulo del portal.

Se acercó corriendo al viejo y trató de incorporarlo. El galeno abrió los ojos y parpadeó, como tratando de identificar el rostro femenino que tenía delante.

—¿Cómo se encuentra, doctor Webber? —preguntó Tiffany, asustada.

—Me he caído por la escalera.

—Sí, eso parece. Llamaremos a una ambulancia: no se mueva, puede haberse roto algo.

—No, no. no hace falta —replicó el anciano.

—Tranquilícese, una ambulancia le llevará al hospital y allí le curarán. La caída puede haber sido mala, usted es médico y debe saberlo.

El viejo doctor asió por la muñeca a Tiffany, impidiéndole marcharse, y mostró entonces una energía sorprendente para su edad y estado físico.

—Porque soy médico, no quiero ir al hospital.

—¿Cómo puede decir una cosa así?

—Si me internan en el hospital ya no saldré vivo de él. Soy muy viejo, he pasado toda mi vida dentro del hospital y sé lo que pasa allí. No quiero que me internen en la unidad de cuidados intensivos.

—Doctor, es por su bien.

—No, no quiero morir aún, todavía tengo que hacer algo importante.

Y lanzó un ahogado quejido de dolor.

—¿Qué pasa, Tiffany?

—¡Ven!

Mark descendió por la escalera y se inclinó rápido sobre el anciano para preguntar después:

—¿Se ha caído?

—Si.

—Habrá que llevarlo a un hospital.

—No. he dicho que no; todavía resisto. Llevadme a un catre, a un lugar donde pueda tenderme bien y dadme algo que beber. No me he roto nada, sólo estoy viejo y dolorido. Soy médico, hacedme caso; por todos los diablos del infierno, hacedme caso.

Mark clavó sus ojos en las pupilas claras del anciano para interrogarle:

—¿Está seguro de que no se ha roto ningún hueso?

—Seguro.

—¿Y las vértebras? Usted sabe lo importantes que son.

—Haz lo que te pido o todo quedará bajo los escombros.

Al oír aquellas palabras, los dos jóvenes se miraron en actitud interrogante; no habían comprendido bien el sentido de las palabras del anciano doctor Webber.

Mark le cogió entre sus brazos y Tiffany, preocupada, preguntó:

—¿Podrás subirlo?

—Sí, pero adelántate para prepararle un catre, yo te sigo.

Cargado con el anciano entre sus brazos, tratando de moverlo el mínimo, Mark inició el ascenso.

—¿Le hace daño algo? —preguntó.

—Sigue subiendo —pidió Webber, conteniendo quejidos de dolor.

Al llegar al primer piso, apareció Timothy, otro de los jóvenes allí alojados.

—Deja, te ayudo, entre los dos lo subiremos mejor.

Asiéndolo por piernas y axilas, llegaron al segundo piso, y lo introdujeron en el gran apartamento. Las puertas de las estancias que habían considerado innecesarias estaban cerradas con clavos y maderas.

Atravesando los largos corredores, llegaron al gran salón de lo que tiempo atrás, desde su mismísima construcción, había sido residencia de familias poderosas. La chimenea seguía ardiendo, la gran estancia se notaba caldeada en contraste con el resto de la casa.

Varios de los jóvenes se interesaron por lo que ocurría y rodearon al anciano, que terminó siendo depositado en uno de los catres rescatados de los habitáculos que en otros tiempos habían servido para vivienda de la servidumbre.

—Dadme una botella de whisky y calentad café —pidió Mark.

Fue Tiffany quien puso en la mano de Mark la botella de whisky. Este pidió entonces:

—Un vaso.

—No hace falta —cortó el anciano.

Asió la botella con sus manos trémulas y se llevó el gollete a la boca.

Tuvieron que ayudarle a levantar su cuerpo para que no llenara su rostro de whisky que sí comenzó a empapar su barba.

—Basta, se va a emborrachar —le dijo Tiffany.

El anciano respiró después de tragar y dijo:

—Una inyección de morfina es lo que me iría mejor para los

dolores, pero no quiero morfina, un poco de whisky será suficiente.

—Lo que usted está haciendo es enmascarar el posible daño que se haya hecho —le dijo Mark.

—Tenéis que encontrarla.

—¿A Silvia? —preguntó Tiffany.

—A Dahlia.

—¿Dahlia?

Todos se miraron; miraron después en torno y fue Tiffany la que preguntó:

—¿Dónde está Dahlia?

Nadie supo responder, nadie salvo el doctor Webber que, misterioso, musitó:

—Está con ellos.

—¿Ellos, quiénes son ellos? —inquirió Mark, ceñudo.

—No lo sé, pero están en esta casa.

—¿En esta casa? —preguntó Timothy.

Se produjo un gran silencio. El anciano fue pascando su mirada por los rostros de los jóvenes que parecían desconcertados. Por primera vez, el doctor Webber sonrió, como advirtiendo que sabía más que todos ellos juntos.

—Dahlia se ha ido con ellos. Yo iba tras ella, corría tanto que parecía volar y me he caído por la escalera. Ellos querían matarme y no lo han conseguido; los condenados no lo han conseguido, aunque se han llevado a Dahlia, pero los encontraré antes de que reviente. No me miréis como si me hubiera vuelto loco, tampoco estoy borracho. —Volvió a beber un largo trago y añadió—; Aún no estoy borracho. Los malditos condenados son muy perversos, se las llevan no sé adónde. Dahlia, Dahlia tenía que encontrarlos, ella los había visto sin que lo supiera...

—¿Qué es lo que trata de decir? —preguntó Mark, arrebatándole la botella.

—Si lo supiera lo vocearía por toda la ciudad. Ellos, los condenados, están en este maldito edificio; yo lo sé, están aquí. Dame la botella...

Mark tuvo un instante de duda, pero acabó devolviéndole la botella de whisky.

—Es usted un mal médico. Contra lo que piensa la gente, el whisky no es el mejor remedio para después de un accidente. Lo mejor sería llevarlo a un hospital, insisto en ello.

—Déjalo un tiempo en paz como quiere —le pidió Tiffany.

—¿En paz? Y si muere aquí, ¿qué ocurrirá? Tendremos un cadáver entre nosotros y la policía se lo pasará muy divertido llevándonos a todos a los calabozos. Será difícil demostrar que no lo hemos matado nosotros de una paliza en una espantosa y supuesta

orgia de sangre. ¿Os imagináis lo que contarían los periódicos? Venderían muchos ejemplares y los padres de familia dirían: «¿Lo veis, lo veis? Los drogadictos son los que se apoderan de las viviendas vacías y matan a los pobres ancianos en orgias de droga. A la hoguera con ellos…»

Por favor. Mark, déjalo, dejadlo todos, yo me ocuparé de él.

—Vaya, no sabía que tuvieras espíritu de enfermera.

—No seas mordaz.

—De acuerdo, dejemos a Tiffany con el viejo doctor y busquemos a Silvia y a Dahlia.

Parece ser que las chicas bonitas desaparecen dentro de este edificio.

Tucor se encaró con Tiffany y como bromeando, le dijo:

—Ten cuidado, la próxima en desaparecer puedes ser tú.

El viejo doctor Webber se quedó mirando muy fijamente a Tiffany con sus pupilas claras y una idea comenzó a tomar cuerpo dentro de su mente, torturada a base de abrir y abrir durante artos y artos cadáveres humanos.

CAPÍTULO VIII

El doctor Webber había entrado en una fuerte sudoración, una sudoración fría. A Tiffany no le cabía duda alguna de que el anciano se había resentido en su caída por la escalera. Podía tener muchas magulladuras interiores y algún hueso, si no roto, si podía estar con fisuras. Quizá al día siguiente aparecieran los signos externos de algún daño, posiblemente ya irreparable.

Tiffany no le había impedido beber y el doctor Webber había tomado whisky en exceso. Cerca de é1 ardían las maderas dentro de la chimenea.

De vez en cuando, alguno de los jóvenes se acercaba allí con más maderas que había encontrado en alguna parte del edificio abandonado, destinado a la demolición, y las introducía en la chimenea. No tardaban en arder, reavivando las llamas. En realidad, aquella chimenea había devorado maderas desde la llegada de los jóvenes, pues en ningún momento habían dejado que se apagara.

—No te vayas —pidió el doctor Webber, alargando su mano y cogiendo la de Tiffany.

La muchacha notó la falta de fuerza, la falta de vitalidad de aquella mano que suplicaba.

—Creo que Mark tenía razón, hay que llevarlo a un médico.

—No, a mí no me ocurre nada especial, hay que encontrar a Dahlia.

—La han estado buscando, pero no aparece.

—Se han quedado con ella esos malditos condenados.

—Pero ¿quiénes son esos malditos de los que usted habla?

—No lo sé, ya os lo he dicho, no lo sé, pero tengo que encontrarlos.

—Los encontrará, los encontrará —le dijo Tiffany, tratando de calmar al anciano cuyo rostro estaba empapado de sudor—. Por cierto, ¿cómo supo que Dahlia estaba aquí, en este lugar?

—Yo la vi salir de este edificio junto con un muchacho en motocicleta. Habían estado dentro y comprendí que ella los había visto.

—¿A quién, a los condenados? —preguntó, como la maestra que habla con un niño al que tiene que ayudarle a exponer los conceptos con claridad.

—Sí, a ellos, tenía que haberlos visto aunque no lo supiera.

Llamé a un taxi y les seguí.

—¿Y vio el accidente?

—Sí, una tragedia, posiblemente por culpa de los malditos.

—¿Quiere decir que esos condenados de los que habla pueden matar a distancia?

—Son muy poderosos, estoy seguro de que ellos hicieron patinar la moto.

—¿Y qué hizo usted entonces?

—Seguí a la ambulancia hasta el hospital y me pareció que allí dentro podía acercarme a Dahlia.

—Pero ¿qué quería encontrar en Dahlia cuando la visitó en el hospital?

—El camino.

—¿Para encontrar a los que usted llama los condenados? —preguntó Tiffany, como si el doctor Webber sufriera de locura senil y ella le llevara la corriente para no enfadarlo. —Sí, a ellos, yo estaba seguro de que ella podría encontrarlos. Cuando una mujer joven entra en este edificio ellos se fijan en ella y la muchacha los capta, a veces conscientemente y otras inconscientemente. Dahlia no sabía que su mente los había detectado.

—¿Y luego, al salir del hospital?

—Esperé y os seguí. Estaba seguro de que terminaríais en este edificio, en este maldito lugar.

—¿Se lo contó la propia Dahlia?

—Si.

—¿Y por qué se lo dijo?

—La hipnoticé.

—¿Se atrevió a hipnotizarla sin que nadie le autorizase?

—Sí, lo hice, haría cualquier cosa con tal de dar con ellos.

Ya no me importa nada. Estoy viejo, mi profesión significa ya poco o nada para mí. Mis propios colegas me rechazan, me han relegado, soy un jubilado al que nadie presta atención, al que nadie escucha. ¿Qué puedo perder ya mi título? No, no me lo quitarían, pensarían que son locuras seniles que hay que pasar por alto para evitar un escándalo. Me recomendarían que me quedase en casa, y si me ponía pesado me internarían en algún centro y me atiborrarían de sedantes para que dejase de molestar y así acabaría mis días, drogado médicamente, viviendo en medio del estupor provocado por mis propios colegas. Ya no me importa nada, sólo encontrarlos a ellos.

—Pero ¿por qué esa obsesión?

—Yo viví al otro lado de la calle en un edificio que ya no existe ahora, en su lugar hay un *shop-center.* Aquí vivía una chica de la que me enamoré, un día dejé de verla y me contaron que se había ido a América, pero no era cierto.

—¿Ah, no?

—No, no era cierto —insistió el anciano.

—¿Y usted cómo lo sabía?

—Ella misma me había contado que en este edificio ocurrían cosas extrañas, que ella había visto fantasmas. Yo sabía que tenía miedo y un día desapareció, su familia prefirió no hablar de ello. En otra ocasión hubo aquí un triple asesinato. Cogieron a un hombre y lo ahorcaron, pero yo creo que era inocente; fue antes de la guerra. En lo que parece un comercio, hubieron varios negocios y todos quebraron, el edificio está maldito. Varias familias pasaron por esos grandes pisos y se fueron marchando, no podían soportar los hechos extraños que aquí dentro ocurrían.

Tiffany había comenzado a interesarse por la historia de aquel edificio que le contaba el viejo médico, que por la voz ya parecía ebrio; cualquiera le hubiese recomendado que no prestara atención a sus palabras.

—Quizá si hayan ocurrido cosas, pero... a lo peor usted las ha exagerado.

—Yo no me he casado nunca, pero mi hermana si, y tuvo un hijo. Ese hijo creció, se casó y tuvo una hija a la que llamaron Miriam. Conoció a un hombre que vivía en este edificio, estaba divorciado y vivía solo en el tercer piso. Yo le dije a Miriam que no era bueno que entrara en esta casa, que estaba maldita, pero no me hizo caso, se rió de mí. Un mal día la trajeron al mármol frío de la Morgue, tuve su joven cuerpo entre mis manos y hube de hacerle la autopsia tragándome las náuseas, los reparos, como no me había sucedido en muchos años. Estaba destrozada.

—¿La mataron?

—Dijeron que se había lanzado desde lo alto del tercer piso por el hueco de la escalera, pero ella era incapaz de suicidarse.

—¿Pudieron asesinarla?

—¿Te refieres a su amante, al hombre divorciado?

—Sí.

—No, no pudo ser él.

—¿Por qué?

—Había muerto unas horas antes, y eso fue constatado por un compañero mío forense. A él lo encontraron frío tendido en su habitación. Yo vi la expresión de terror en sus ojos, el horror que debió pasar antes de morir sería espantoso. Vi sus ojos y lo que había quedado retratado en ellos.

—¿Retratado?

—Sí, hay imágenes que permanecen fijas en el iris de los ojos.

—¿Y qué quedó?

—Estaban ellos.

—¿Los condenados?

—Si.

—¿Y cómo son?

—Como formas humanas, fosforescentes.

—Vaya, como una especie de fantasmas.

—Exacto.

Tiffany parecía pensar que lo que le contaba el viejo doctor se debía más al alcohol ingerido y a su fantasía senil que a otras cosas.

—¿Y de qué murió ese pobre hombre?

—Yo le hice la autopsia con estas manos y no le encontré otra cosa que paro cardiaco.

—¿Una muerte natural?

—Así quedó para la justicia; pero tú, mi querida niña, no viste cómo quedó su habitación, el lugar donde le hallaron.

—¿Y cómo quedó?

—Destrozada, todo estaba roto, como si él hubiera ido arrojando objetos contra las paredes en un furioso ataque de ira. —Quizá enloqueció cuando se sintió morir.

—No. Yo examiné la habitación y vi que él había arrojado objetos contra las paredes, pero a la altura de donde podía estar una cabeza humana. El intentó derribarlos lanzándoles objetos cuando se sintió acorralado, pero no pudo con ellos y fue víctima del terror.

—Entonces. Miriam, al verle así muerto, pudo suicidarse arrojándose por el hueco de la escalera.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque ella no llegó a entrar en el apartamento, estaba cerrado, la policía tuvo que abrirlo. El comisario encargado del caso quiso saber si aquel hombre tenía que ver en la muerte de Miriam, pues cabía la posibilidad de que él la hubiera empujado al vacío. —Si él estaba en su alcoba, muerto desde horas antes, lo que se pudo comprobar, y ella no entró porque la puerta estaba cerrada, cabe la posibilidad de que Miriam tuviera una llave.

—No se le encontró ninguna llave encima. Miriam no pudo entrar, no pudo verlo, no pudo saber que estaba muerto, salvo que los malditos condenados se lo hicieran saber. —Pero ¿es seguro que Miriam no tenía una llave?

—Si.

—Pudo perderla antes de suicidarse.

—No había ninguna llave, yo mismo la busqué y fue inútil. Además, la puerta, por su lado interior, tenía puesta la cadena de seguridad y tuvo que ser cortada con una cizalla profesional. Miriam no pudo abrir la puerta ni aun teniendo llave y él estaba muerto, no pudo abrir ni cerrar.

—Entonces, ¿qué dijo la justicia?

—Que Miriam debió suicidarse porque creyó que él no la amaba al no abrirle la puerta. Un ataque de locura pasajera juvenil que, desgraciadamente, la llevó al suicidio.

—¿Y usted no comparte este diagnóstico?

—No.

—¿Qué pudo ocurrir, entonces?

—Ellos acosaron a Miriam también y, aterrorizada, prefirió saltar al vado antes de quedar en sus garras.

—Una historia impresionante, una historia digna de ser contada en una fría noche de invierno.

—No me crees, ¿verdad, querida niña? No me crees...

—Sí, claro que le creo —mintió Tiffany.

—Después de esas muertes, el edificio se fue vaciando. Los que se marchaban contaban que no se podía dormir por las noches, que se movían las cosas, que las puertas golpeaban, que se oían rumores extraños... Incluso, llegaron algunos parapsicólogos, pero no captaron nada.

—¿Absolutamente nada?

—Nada, los muy astutos prefirieron estar silenciosos mientras los parapsicólogos estaban aquí. Ellos se marcharon defraudados y el edificio fue adquirido para ser derribado, cubriéndolo con un muro de publicidad que lo ocultaba desde la calle. —Y si usted encontrara a esos malditos condenados, ¿qué haría con ellos?

—Destruirlos.

—¿Cómo?

—No lo sé.

—Será mejor que duerma, doctor Webber, será mejor que j duerma.

—Espera un momento, creo que tiet.es algo en el ojo derecho.

—¿Yo?

Torpemente, el médico buscó entre sus ropas la linterna bolígrafo. Oprimió el botón de encendido y al ver la diminuta pero intensa luz blanca, suspiró tranquilizado, pues había temido que la linterna se hubiera partido en la caída.

—Déjame, déjame ver tu ojo. Mira, mira a la luz...

Tiffany tuvo unos primeros instantes de rechazo, de querer apartarse, alejarse del doctor Webber, pero la luz, a través de las niñas de sus ojos, llegó a sus retinas y sólo vio luz, mucha luz y ya no pudo escapar.

CAPÍTULO IX

El policía, popularmente llamado *bobby,* que tenía que hacer la vigilancia nocturna, se ajustó bien el brillante impermeable y el abombado casco. Avanzó hacia su compañero diurno al que debía relevar.

—¿Cómo va todo? —preguntó el agente al que correspondía la vigilancia nocturna en aquel barrio.

—Normal, tres accidentes de tráfico sin consecuencias mortales, sólo un herido de consideración, dos robos de carteras y cuatro de bolsos, pero pasaba la patrulla y ha podido seguirlos y atrapar a uno de los jóvenes ladrones cuando abandonaban el coche ante la imposibilidad de seguir adelante por un semáforo en rojo que había formado una muralla de vehículos. —En fin, nada importante.

—Nada. Bueno, tengo la impresión de que el edificio de los carteles de publicidad ha sido ocupado.

—¿No iban a demolerlo? —preguntó el agente que se disponía a hacer la guardia nocturna.

—Sí, me refiero a que unos cuantos jóvenes se han metí do dentro para pasar unos días.

—¿Problemas de drogas?

—No lo sé.

—¿Has avisado a la comisaría del distrito?

—No.

—¿Es que quieres que lo haga yo?

—La verdad, creo que no hacen más que lo que hacen otros que tienen residencias donde esconderse, se protegen del frió y de la lluvia. Son jóvenes, cualquier día se marcharán. Dejemos que la compañía propietaria del edificio pida su desalojo. En fin, cuando derriben el edificio se acabarán los problemas de ocupación de los hippies, punk o como se llamen ahora.

—De acuerdo, mantendré la vigilancia. Si arman escándalo, llamaré a la comisaría del distrito para que envíen una patrulla y se metan dentro para ver lo que ocurre. Después de todo, si fuman marihuana, ¿qué más da? No creo que entre las chicas quede ninguna que sea virgen y si duermen promiscuamente, no será nada nuevo para ellas.

—Cuidado, no te vayas a ver mezclado en una de sus orgias, podrías perder el uniforme y ya sabes lo que cuesta hoy en día

encontrar un nuevo empleo, y peor serla si has sido expulsado de la policía.

Sonrió, se separaron e inició su ronda. Al llegar a la altura del edificio cubierto por la publicidad, se detuvo. Quiso ver entre las uniones de los grandes *posters,* pero no se podía ver nada.

En la calle, la densidad de tráfico era fuerte. Los ciudadanos regresaban a sus hogares para pasar la noche, mientras comenzaba a lloviznar de nuevo. Por la televisión se habla enterado de que la noche podía ser tormentosa, pero confió en que no pasara de lloviznar.

Todo parecía tranquilo.

El rumor del tráfico ahogaba cualquier ruido que pudiera salir entre los canelones de publicidad. Se ajustó mejor el impermeable y prosiguió su ruta con la idea de mantener la vigilancia sobre aquel edificio, especialmente cuando el tráfico desapareciera y la noche se hiciera más tranquila y silenciosa. Si ocurría algo, podría oírlo desde la calle.

Mientras, no deseaba entrar en el edificio, entre otras cosas porque era propiedad privada y no poseía mandamiento del juez. Era complicada la situación y él sabía que con los grupos que ocupaban viviendas vacías había que tener cierto cuidado. Solían estar muy unidos entre sí y en poco tiempo montaban una situación defensiva, que podía ser causa de un fuerte escándalo público.

«Después de todo, el edificio está vacío, esperando ser demolido. ¿Qué daño hacen?», pensó.

—Ya ha pasado la ronda —exclamó Tucor, excitado.

—¿Crees que funcionará?

—Espero que no haya ningún cortocircuito, aunque siempre es posible; los cables no son nuevos, son de recuperación y también hemos aprovechado parte de la instalación que habla, que tampoco era ninguna joya de perfección.

—Bien, el *bobby* ya se ha ido, podemos probar —dijo Mark.

—De acuerdo.

Tucor con Mark y Timothy junto a él, asió la manecilla de una palanca bipolar y la cambió de posición. Se produjeron leves chispazos, pero Tucor la mantuvo y la luz se hizo en varios puntos del edificio, con gran alegría de todos, alegría que expresaron con saltos y gritos.

—Las humedades ya están superadas, ha funcionado, pero tampoco le podemos pedir milagros a esta instalación. No podemos gastar dinero en una instalación que no va a durar mucho tiempo.

—Es un éxito, Tucor, un éxito; tenemos luz.

Timothy dijo entonces:

—Pondremos en marcha el cassette con los baffles.

—Cuidado —le recomendó Mark—, no hagamos ruido o se

presentará aquí la policía para desalojarnos.

—Ahora, con luz, podremos buscar mejor a Dahlia y a Silvia.

—¿Qué creéis que ha pasado con ellas? —inquirió Timothy—. Si se trata de una broma, es demasiado pesada. Llevan todo el día sin dejarse ver.

Tucor, encogiéndose de hombros, aventuró:

—Se habrán ido a la peluquería.

—No digas tonterías —replicó Mark.

—Pues se habrán ido a otra parte. Dahlia estaba histérica, obsesionada con lo ocurrido a Michy. No podemos olvidar que Michy sigue congelado en la nevera del hospital.

—Dahlia, histérica y traumatizada por la muerte de Michy, pero ¿y Silvia? —preguntó Timothy.

—Freddy y Silvia tuvieron algo —opinó Mark.

—Freddy se ha largado. Os habréis dado cuenta, ¿verdad?

—No —reconoció Timothy—, no me había dado cuenta.

—Creo que últimamente ha tomado demasiadas porquerías de farmacia para estimularse y ha terminado por afectarle la sesera.

Quién iba a decirlo —suspiró Tucor—, Freddy siempre tan chistoso, tan alegre, presumiendo de que nadie podía hacer el amor tantas veces seguidas como él, y ahora, hecho una mierda.

—Digamos que está afectado y que se le pasará —opinó Mark—. Volverá con nosotros, estoy seguro, puede que vuelva esta misma noche o mañana. ¿Adónde va a ir lloviendo?

Timothy aventuró:

—¿Creéis que Silvia le dejó porque se había atiborrado de pastillas estimulantes?

Tucor se encogió de hombros.

—Sí no nos lo cuenta Silvia… A lo peor la cogió por el cuello y por poco la estrangula, por eso ella se marchó corriendo.

—Todo es muy extraño, pero creo que terminaremos por saber lo ocurrido; lo que no puedo creer es lo que cuenta Freddy, es decir, lo que contaba antes de largarse.

—¿Y qué contaba? —quiso saber Timothy, intrigado.

—Que Silvia había desaparecido dentro de la chimenea, en medio de las llamas.

—Qué tontería, debía estar dopado para ver eso —gruñó Timothy, buscando la confirmación en los rostros de sus compañeros.

Tucor reconoció entonces:

—La verdad es que esta casa parece encantada, tiene ruidos inexplicables, pero esta noche, por lo menos, no tendremos sinfonía de portazos, aunque me huelo que nos va a caer encima una buena tormenta; claro que, lo que es yo, pienso dormir como un lirón, voy a ponerme tapones en los oídos.

—¿Crees que vendrá la policía? —preguntó Timothy.

—¿Por qué tanto miedo a la policía? —gruñó Mark—, ¿Es que llevas «mierda» encima?

—No. pero es que nunca me han fichado y si me fichan se enteran mis padres.

—Y se terminó la pasta, ¿eh, guapo? —se burló Tucor.

—Bueno, pues sí. Yo no quiero líos con la policía. Mi padre es un ejecutivo de banca. Le revienta que yo haga esta clase de vida que me gusta y tiene la esperanza de que termine empleado en la banca como él, pero dice que si me ficha la policía se terminó la posibilidad de llegar a ser lo que él.

—Vaya, vaya, así que aquí tenemos a un banquero en ciernes... ¿Por qué no empiezas a darnos créditos a largo plazo y bajo interés? ¿O es que nos vas a negar el crédito porque somos unos malditos «parados» sin posibilidad de encontrar empleo?

Ante la agresividad de Tucor, Timothy retrocedió.

—Eh, eh, que yo no soy banquero, todavía...

—Y cuando lo seas, te convertirás en un hijo de puta que no te acordarás de tus amigos —se rió Tucor. Después, cambió la expresión —. Vamos a ver qué tal están las luces por arriba.

—¿Qué potencia crees que soportará la red? —preguntó Mark.

—De veinte a treinta amperios, quizá algo más, aunque los cables están viejos y se pueden recalentar y producirse chispazos.

—De todos modos, podremos colocar algunas placas de calefacción.

—Sí, y un horno eléctrico también —admitió Tucor—. Si no me tuvierais a mí, no sé cómo sobreviviríais en situaciones como ésta.

Volvió a reír mientras se dirigía hacia las escaleras.

El grupo de jóvenes no concedía demasiada importancia a las desapariciones de sus compañeras, incluso la de Freddy, porque se consideraban un grupo libre al que se podía llegar y marchar a voluntad, sin dar explicaciones. El grupo se renovaba a sí mismo con la llegada de nuevos jóvenes y la partida de otros, a los cuales se aludía en ciertos momentos.

Sin embargo, Mark estaba preocupado, pues se daba cuenta de que resultaba difícil dar una explicación a todo lo que estaba sucediendo dentro de aquel edificio vacío destinado a la demolición.

—Mark...

—Ah. Tiffany. ¿Qué te parece? Ya tenemos luz.

—Estupendo. ¿Es cosa de Tucor?

—Sí, es un manitas. No me preguntes dónde ha metido los cables para chupar la electricidad porque no lo sé, ignoro si algún contador está dando vueltas enloquecidamente en alguna parte.

—Bueno, lo que importa es que tenemos luz en este siniestro

edificio.

Mark la miró intensamente; la última palabra, en boca de Tiffany, le impresionó.

—¿Sigues teniendo miedo?

—Si.

—¿A qué?

—No lo sé, tengo la sensación de que va a ocurrirme algo.

—¿Algo cómo qué?

—Como lo que le sucedió a Silvia, a Dahlia… a otras...

La cogió por los brazos, casi a la altura de los hombros. Buscaba encontrar con sus ojos los de ella para leer en el fondo de los mismos.

—¿Qué es lo que les ha pasado a ellas?

—No lo sé.

—Si no lo sabes, ¿por qué tienes miedo?

—Quizá sea eso, miedo a lo desconocido.

—¿Ha sido el viejo doctor el que te ha metido el miedo en el cuerpo?

—No le culpes a él —replicó nerviosa, rehuyendo su mirada.

—¿Qué es lo que te ha contado?

—Que aquí ocurren fenómenos extraños.

—¿Qué clase de fenómenos?

—Muertes, tragedias...

—Muertes, tragedias, sangre. ¿Y cómo es que él lo sabe?

—Porque él conocía este edificio desde hacía ya mucho tiempo.

—¿Vivió aquí?

—Vivió al otro lado de la calle. Asegura que ha sido testigo de las muertes de varias jóvenes.

—Ese viejo doctor está loco y trata de enloquecer a los demás. No debimos dejar que se quedara, lo mejor habría sido llevarlo al hospital.

—Él no quiere morir en un hospital.

—Después de haber trabajado toda la vida dentro, lo comprendo. Sabrá mucho mejor que nosotros a lo que se expone.

No hagamos sarcasmos, se encuentra muy mal.

—Peor que peor, estará lleno de golpes, y si muere aquí Scotland Yard se nos va a echar encima.

—Sólo te preocupas de lo que nos pueda pasar y no de su muerte.

—Sí, me preocupa lo que nos pueda pasar, nosotros también somos seres humanos y él ha escogido morir. ¿Es que no te das cuenta?

—Está cansado de vivir y lo que le queda de vida quiere emplearlo en descubrirlos. Si lo llevamos a un hospital no lo conseguirá jamás.

—¿Descubrirlos, a quiénes?

—No lo sabe.

—Lo que decía, está loco y te ha contagiado su locura.

—Mark, lo que fuera de este edificio parecería ridículo y estúpido aquí dentro no lo es.

—Ya veo que te ha convencido. ¿Qué esperaba encontrar con Dahlia?

—Es inútil que sigamos hablando.

—No me burlo, sólo trato de contagiarte mi racionalidad, pero veo que no he tenido el mismo éxito que el doctor.

En aquel momento una luz vivísima penetró por la claraboya de la escalera y, casi al mismo tiempo, el fragor de un trueno hizo temblar la casa.

Instintivamente, la muchacha se abrazó a Mark y éste la rodeó con sus brazos, apretándola contra sí.

—No temas, es un fenómeno natural.

—Estoy muy nerviosa. Creo que algo muy desagradable va a ocurrirme y temo que Silvia y Dahlia han corrido ya una suerte muy mala. —Se separó unos centímetros de él, buscó su rostro y en tono de súplica, le dijo—: Tenemos que encontrarlas.

De nuevo un relámpago y un trueno hicieron estremecer el siniestro edificio oculto por la publicidad.

CAPÍTULO X

Mark observó al grupo que cenaba en el amplio salón frente a la chimenea, donde los maderos ardían, maderos que parecían interminables, maderos viejos que habían sido hallados en abundancia en el edificio cuyo destino era ser demolido hasta los mismísimos cimientos.

No había alegría, nadie reía, cuando reír era habitual en el grupo. Sí, siempre había alguien que reía por nada o por mucho. Risas sin trascendencia y carcajadas llenas de intencionalidad. Mas ahora nadie reía, tampoco era rasgueada ninguna guitarra ni el aire pasaba por las lengüetas metálicas de una armónica.

Tiffany había estado asando carne en la chimenea, al tiempo que habían colgado un caldero del que sacaban una densa sopa en ebullición que, servida en platos de aluminio, calentaba sus cuerpos, mientras afuera la tormenta seguía manifestándose con fuertes aguaceros, al tiempo que deslumbrantes relámpagos y estremecedores truenos.

Alguien puso en marcha la cassette estéreo, pero el volumen era bajo porque habían acordado no llamar la atención del *bobby* del barrio. Un rock duro escapaba por los cuatro altavoces.

—¿Vas a cuidar de la chimenea de arriba?

—Sí, aunque no estarla mal que durmiéramos todos aquí abajo.

Tucor miró a los demás y observó:

—Nadie le da importancia.

—¿A qué? —inquirió Mark.

—Ya lo sabes.

—¿A las ausencias?

—Sí.

—Admito que tres, en tan pocas horas, es demasiado.

—En realidad, son cuatro —puntualizó Tucor mirándole a través de sus gafas redondas, agitando su cabeza con millares de ricitos que la agrandaban excesivamente.

—¿Te refieres a Michy?

—Sí, a Michy, claro.

—Pero él ya sabemos que está muerto.

—Sin cabeza. Una muerte horrible, ¿verdad?

El fragor de un nuevo trueno, el enésimo en aquella no che tormentosa que sólo hacía que comenzar, les llegó a través de las

plantas de los pies, pues todo el suelo vibró en aquel maldito edificio que parecía pesar sobre ellos.

—Y los demás, ¿están muertos? ¿Cómo podemos saber que no es así, qué pruebas tenemos de que continúan vivos?

—Vamos, Tucor, ¿a ti también te ha contagiado el viejo doctor sus terrores seniles? —Mark, creo que este edificio nos trae mala suerte. Yo no había creído nunca en las casas encantadas, pero ésta...

—No digas tonterías. Estamos influenciados por el abandono del edificio. Un lugar como éste, donde otros humanos han vivido durante siglos, impone, es como si algo de sus vidas, de sus espíritus, se hubiera impregnado en las paredes, en los suelos, como si jirones de ellos hubieran quedado por los rincones.

Sí, y encima es invierno y casi no hay luz, porque la luz del día la tapan esos malditos canelones publicitarios de la sociedad de consumo en que nos hallamos metidos y de la que parece imposible escapar. Y por si faltara algo, tenemos tormenta.

—Sí, tenemos todos los ingredientes de una historia de terror.

—Está bien, no le demos más vueltas. Si no quieres mantener encendida la chimenea de arriba, no lo hagas. Presiento que al final todos estaremos aquí abajo en el segundo piso, parece que es el mejor del edificio.

Se separaron. Tucor se sentía orgulloso de haber conseguido agua y luz en aquel lugar que antes de su llegada carecía de tales servicios. Cierto que le habían ayudado, pero él era el genio que había logrado chupar agua de la red general, y lo mismo había hecho con el fluido eléctrico.

Una de las ideas fijas de Tucor era iluminar la escalera, que resultaba muy grande y oscura. Sólo tenían un punto de luz en el *hall,* dispuesto de tal manera que la luz no pudiera verse desde el exterior.

Tucor pretendía colgar un cable de la gran lámpara de bronce que pendía en el centro del enorme tragaluz, y conectarle dos o tres bombillas a distintas alturas, lo que daría luz a toda la escalera por la noche, una luz discreta, pero suficiente para andar por ella sin problemas.

Subió utilizando una linterna. Tenían electricidad, sin embargo no disponían de un gran montaje por carencia de metros de cable y cantidad de bombillas, pues no pasaban de diez, distribuidas de forma que hicieran el máximo servicio, y tres de las bombillas estaban en el salón que más utilizaban.

Las otras lámparas se distribuían por los pasillos y los cuartos de aseo, donde permanecían todo el tiempo encendidas, pues no tenían que pensar en pagar a la compañía suministradora.

Llegó a lo alto.

Los relámpagos se hacían notar visiblemente a través de los

cristales de la gran claraboya semiesférica La lluvia golpeaba furiosamente los cristales; por los que estaban rajados penetraba el agua que goteaba por el hueco de la escalera y en el suelo del vestíbulo se había formado un gran charco.

Tucor no prestó atención al agua, pero si a la lámpara que se movía, pues de ella pensaba colgar un cable eléctrico al día siguiente.

Se apartó de la escalera que inquietaba y se internó en el gran piso tercero que en superficie, era idéntico al segundo y al primero, pero su distribución interior difería algo, aunque no la ubicación de las dependencias sanitarias, pues quedaban supeditadas a las canalizaciones de desagües.

Empezó a sentirse solo, excesivamente solo en el piso. Allí no oía a sus compañeros, los únicos sonidos que le llegaban eran los truenos que parecían ser la apertura de las compuertas al abismo del apocalipsis.

Le tranquilizó ver las puertas claveteadas con madera cruzadas que las sujetaban a los marcos. No le gustaban las puertas abiertas a unas estancias donde no había nada, ni siquiera muebles. Pasar junto a ellas inquietaba, como si un peligro o alguien maligno acechara desde la oscuridad.

Comenzó a arrepentirse de haber subido solo. Aquella soledad lastraba sus pies, era como si caminara por un suelo hecho con magnetita y su calzado fuera de plancha de hierro.

Llegó al salón.

La chimenea tenía fuego, aunque algo pobre en llamas, había que alimentarla de nuevo o se apagaría pronto. A un lado de la chimenea había un buen montón de maderas. Tomó unas cuantas y las introdujo en ella, aguardando a que el fuego prendiera con fuerza. No podía atiborrar de maderas la chimenea, pues podía ocurrir que el tiro resultara insuficiente para tragar todo el humo que se formaba al inicio de la combustión.

Pronto las llamas se hicieron altas, las maderas prendían con facilidad debido al gran calor de los rescoldos. Cuando observó que las llamas ya estaban fuertes, añadió más maderas y repitió la operación hasta que la chimenea de boca grande, de algo más de cinco pies de larga por otros tantos de alta, fue un verdadero infierno que producía un fuerte rumor que atraía a Tucor como había atraído el fuego a los humanos atávicamente.

La contemplación de las oscilantes llamas no cansaba jamás los ojos que las miraban, eran siempre parecidas, pero nunca iguales y ejercían un poder casi hipnótico para los humanos.

De pronto, tuvo la impresión de que detrás de él había un par de ojos que se clavaban en su espala. Sintió frío en el espinazo y comenzó a sentir sudoración en las palmas de sus manos, y no era debido al

calor que emanaba de la chimenea que era bastante, ya que las llamas semejaban rugir de alegría por su viveza, llenando toda la boca de la chimenea.

Se preguntó si debía volverse o ignorar aquella sensación de tener a alguien tras él.

A Tucor no se le escapaba que en los edificios vacíos podían ocurrir hechos sangrientos, ya que en ellos solían esconderse psicópatas alucinados, temerosos de ser descubiertos, y criminales perseguidos por la ley. Si alguien se introducía en sus dominios, corría mucho riesgo de ser asesinado por esos seres marginados.

Sus oídos se agudizaron. Trataba de oír, oír cualquier cosa además del fuego con su fuerte tiraje por la chimenea y de los truenos que seguían estremeciendo a la ciudad, haciendo arrebujarse a los ciudadanos en sus camas, con el incomparable placer de sentirse protegidos en sus sólidas casas, con ventanas y puertas bien cerradas.

Despacio, volvió la cabeza, esperando no ver nada nuevo, su propia sombra alargada y oscilante a causa de las llamas de la chimenea.

Esperaba reírse de sí mismo, de su propio terror, de sus absurdos miedos.

Tuvo un ligero sobresalto al descubrir un rostro que le observaba con ojos casi desorbitados y la boca entreabierta, con la mandíbula caída, como desencajada. Era un rostro de psicópata.

—Freddy —exclamó en tono ahogado.

Freddy, siempre alegre, siempre jovial, el eterno buscador de pleitos y amante de las músicas estridentes, no era aquel Freddy totalmente desencajado y alucinado que estaba a poco más de un paso de Tucor.

—¿Qué te pasa, Freddy?

—Ella, ella se metió ahí…

Señaló la boca de la chimenea donde las llamas eran tan altas que desaparecían por la campana.

—Pero ¿no te habías marchado?

—¿Marchado? —repitió, volviéndose hacia Tucor y mirándole como un loco miraría a alguien que le pidiera lógica en su forma de pensar.

—Sí, no te hemos visto en todo el día.

—La he estado buscando, buscando por todas partes. He subido al tejado, me he encaramado hasta la chimenea.

Tucor observó entonces que Freddy estaba mojado, empapado en agua, y pensó que se había vuelto loco ante la desaparición de su compañera Silvia.

—Será mejor que vayamos abajo y te cambies de ropa, vas a pillar una pulmonía. No estamos en verano y esto no es una playa

española.

—Tú no puedes entenderlo, no puedes, y yo tampoco, pero ella, ella se fue por ahí — insistió, acercándose a la chimenea y señalándola con su mano.

—De acuerdo. Freddy, de acuerdo, se fue por ahí, pero ahora bajas conmigo al otro piso y te cambias de ropa, te tomas un trago de whisky y te comes un plato de sopa caliente. Te sentirás como nuevo y mañana volveremos a hablar.

—¡Es que no me crees, Tucor, no me crees! —comenzó a gritar —, ¡Me hablas como si estuviera loco!

Tucor tragó saliva. Hubiera deseado que Mark estuviese con él para poder controlar a Freddy, para poderlo sujetar y evitar que cometiera una locura.

—No. Freddy, no es eso. Debes haber tomado uno de esos malditos fármacos de mierda que tomas para euforizarte y el «viaje» te ha ido mal, eso es todo. Dentro de unas horas te sentirás como nuevo.

—Eres idiota. Tucor, idiota, yo no he tomado nada —le decía Freddy a su amigo con fuertes gesticulaciones de rostro y movimientos muy expresivos de manos—. No he tomado nada, en todo el día sólo he bebido el agua de la lluvia, nada más. Estoy buscando a Silvia.

—Pero Silvia no está, se ha ido. Entiéndelo. Freddy, se ha ido, quizá vuelva mañana.

—Tucor, ella se ha ido por ahí —insistió señalando la chimenea —. El fuego se la llevó como si fuera un animal infernal, yo lo vi. Estábamos haciendo el amor, desnudos los dos, y fue como si el fuego sintiera celos, la atrapó y se la llevó consigo.

—Tienes que admitir que comparar al fuego con un animal es una barbaridad.

—No lo entiendes, Tucor, no lo entiendes. La estoy buscando por todas partes y he llegado a una conclusión.

—¿Ah, si, cuál?

—Que sólo por el mismo camino por el que ella se fue puedo volver a encontrarla.

—¡Estás loco, Freddy, llevas una «mierda» encima que no te aguantas, estás alucinado!

—¡La encontraré, la encontraré!

Bruscamente. Freddy saltó hacia adelante y se metió dentro de la chimenea, sobre el vivo fuego, haciendo saltar las llamas fuera.

Todo chisporroteó y el humo salió también fuera de la campana.

—¡Freddyyyy!

Trató de salvarlo, pero el fuego era vivísimo y cuando él se acercaba a la chimenea las llamas se avivaban violentamente, como si una fuerza desconocida, demoniaca, lo aumentara para mantenerlo a raya. Tucor no pudo siquiera llegar a tocar la chimenea mientras

Freddy saltaba sobre las brasas aullando de dolor y desesperación, y en medio de sus gritos llamaba:

—¡Silvia, Silvia!

Las llamaradas quemaron las pestañas de Tucor y parte de sus rizos. Estuvo a punto de quedar envuelto por ellas al tratar de salvar a Freddy.

Buscó en derredor, hubiera dado su brazo por tener un cubo de agua para sofocar el fuego, pero nada tenía para combatirlo y el mulato Freddy seguía gritando entre las llamas, desesperadamente, pero sin hacer ningún intento para escapar por sí mismo. Era como un alucinante suicidio.

—¡Dios mío, Dios mío, qué horror! —gimió Tucor sin poder asimilar lo que estaba sucediendo, mientras sus palabras quedaban ahogadas por los truenos de la tormenta.

Incapaz de soportar más ver a su amigo quemándose vivo, envuelto en las furiosas y rugientes llamas, comenzó a retroceder, cuando se inició un concierto de golpazos de puertas que se abrían y cerraban con inusitada violencia, como si un terrible huracán hubiera penetrado en el edificio y se complaciera en batir puertas como expresión sonora de su poder y grandeza. Las bisagras parecían resistir y las puertas, fabricadas en un tiempo en que se hacían macizas y pesadas, producían un ruido infernal.

Tucor, convencido de que acababan de desatarse todas las fuerzas del averno, corrió hacia la salida en busca de ayuda o. cuando menos, para reunirse con sus compañeros, pero cada vez que pasaba junto a una puerta, ésta parecía venírsele encima y el estrépito era tan fuerte que le ensordecía, le dañaba.

Todos los clavos y el trabajo gastado en sujetar las puertas había sido inútil.

Tropezando, consiguió llegar hasta la puerta grande de salida, pero ésta acababa de cerrarse con un fuerte golpe que hizo retemblar las paredes.

Tucor comenzó a golpear a su vez la puerta con los puños, impotente para abrirla, pero de pronto lo consiguió. Cuando iba a salir, la puerta se cerró con tal violencia que golpeó contra su cuerpo como una pala de ping-pong a la frágil pelota.

Tucor salió lanzado contra la baranda de metal. Se golpeó con ella, su cuerpo venció hacia adelante y perdió el equilibrio debido al fuerte impulso que llevaba. Comprendió que se precipitaba al vacío.

Intentó agarrarse a la baranda de metal y tuvo la impresión de que algo duro y contundente golpeaba sus dedos, hasta que comenzaron a sangrar y luego, se rompieron. Todo fue muy rápido.

Tucor cayó al vacío justo cuando la gran claraboya se iluminaba por un nuevo rayo. El fragor del trueno ahogó su grito de caída.

Después, un golpe sordo, un golpe más en aquel edificio donde nadie había querido vivir porque estaba maldito.

En el salón, donde estaban todos, Tiffany alzó la cabeza y preguntó a Mark que se hallaba cerca de ella:

—¿No has oído?

—¿Oír, el qué?

—Un grito.

—Habrá sido la cassette que está funcionando con rock duro, o quizá un trueno.

—Pero ¿y los golpes?

—Las puertas, las malditas puertas. El viento de la tormenta las hace golpear; creo que tendremos que contar con ello mientras vivamos aquí, salvo que saquemos las puertas de sus goznes, lo que no sería bueno porque aumentaríamos las corrientes de aire y estamos en invierno.

—Están ahí, están ahí —comenzó a decir el viejo doctor Webber desde el catre en que se hallaba postrado.

CAPÍTULO XI

—Tenemos que averiguar qué ha sido —exigió Tiffany, mirando angustiada a Mark.

—Truenos.

La lacónica respuesta no pareció convencer a la joven, que insistió:

—Todo no son truenos.

—Puertas que dan golpes, eso sucede en las casas abandonadas. Siempre queréis ver más de lo que hay.

—¿No las habéis claveteado todas?

—Sí, pero siempre quedará alguna suelta.

—No puedo resistirlo. Mark.

—¿Ya vuelves con tus miedos, tus terrores de niña mimada?

Al alargar Mark su mano en ademán protector, ella lo rechazó.

—No soy ninguna niña mimada —replicó—. Escogí venir con vosotros porque no lo soy, pero aquí suceden cosas extrañas y tengo miedo, lo admito: tengo miedo y vosotros estáis demasiado tranquilos.

—¿Qué podemos hacer, aparte de lo que ya hemos hecho?

—Seguir buscando a los que faltan.

—Si hemos buscado y no los hemos encontrado...

Tiffany, furiosa por el miedo que sentía, se puso en pie y gritó a todos:

—¡Cobardes, sois unos cobardes!

—Pero ¿qué le pasa a ésta ahora? —preguntó Larry, entretenido en acariciar los muslos de su compañera Myrna.

—Faltan Silvia. Dahlia. Freddy y nosotros: tranquilos.

Timothy replicó:

—Se han marchado.

—¿Es que no habéis oído los golpes? —gritó Tiffany— ¡Arriba ocurre algo!

—Arriba está Tucor —dijo Mark—. Quizá haya abierto alguna puerta.

—Tucor, ¿y quién más está con él?

—No hay nadie con él —replicó Timothy.

—¿Por qué no va alguien a comprobar si está bien? —inquirió Tiffany.

Larry rezongó.

—Ve tú, que armas tanto rollo.

—Está bien, iré yo, pero sois unos cobardes.

—Espera —le pidió Mark cuando Tiffany ya se volvía hacia la puerta, decidida a ir sola pese a sus miedos.

—Déjame.

—Iré contigo.

—Haz lo que quieras.

—Aguarda, llevo una linterna.

Tiffany anduvo hacia el corredor y Mark la alcanzó unos segundos más tarde, ya provisto de la linterna. Avanzaron juntos.

—Estás desquiciando esta situación —se quejó el joven.

—No. Mark, aquí ocurre algo. Tendríamos que encontrarnos todos y marcharnos a otro lugar, este edificio está maldito.

—Admito que todo comenzó mal con la muerte de Michy, todos lo lamentamos, pero fue un accidente.

—¿Y los que faltan?

—Se habrán marchado.

—Es una explicación demasiado sencilla.

—¿Qué otra explicación quieres? ¿Una explicación de película, donde los muertos vivientes los hayan devorado?

—No te burles.

—Esto no es la noche de los muertos vivientes.

—Yo no sé lo que hay aquí, pero es algo maligno. Mark, maligno.

—Cuando nazca un día con sol te tranquilizarás. Las casas abandonadas, cuando no hay luz, cuando es de noche y si encima hay truenos y tormenta, resultan muy desagradables, despiertan nuestros terrores atávicos.

Tiffany se detuvo, volviéndose hacia él.

—¿Qué son los terrores atávicos?

—Los terrores que tuvieron nuestros ancestros, desde el hombre de las cavernas a nuestros días.

—¿Terrores a qué? —insistió la muchacha, que estaba llevando a Mark por donde ella quería en aquella especie de interrogatorio.

—Terrores a lo desconocido, a supuestos seres superiores, terrores a los que creían dioses malignos. Terror al fuego, al relámpago, al trueno, a los grandes reptiles que podían devorarlos.

—O sea que siempre hemos tenido miedo a seres que nos podían hacer daño.

—Sí, pero lo que nos podía hacer daño eran cosas concretas, fieras u otros seres capaces de atacar traidoramente.

—No quiero discutir. Mark, pero aquí hay algo, algo que terminará dándose a conocer.

—Ese viejo loco te ha calentado los sesos, ha conseguido meterte el miedo en el tuétano. Este edificio tiene de bueno que no se ve desde la calle por los anuncios publicitarios que lo cubren, pero lo malo es

que esos mismos anuncios casi no dejan pasar la luz por las ventanas.

Mark la siguió; pensaba que Tiffany se había puesto imposible que tenía uno de esos momentos en que las mujeres no admiten la lógica ni la racionalidad más clara. Se dejaba llevar por lo que los hombres llaman instinto y las mujeres, corazonada. Se dijo que se le pasaría cuando hablase con Tucor, cuando comprobara que los golpazos de las puertas sólo eran rachas de viento propias de una casa abandonada.

Llegaron al piso alto en medio de relámpagos y truenos que penetraban por la terrorífica claraboya, una claraboya que en su día fue hermosa, pero ahora, abandonada, oxidada, rajada en los cristales, se había tornado hostil. Por ella seguía goteando el agua de la lluvia.

La puerta del apartamento se hallaba abierta. La linterna de Mark iluminó las manchas de la pared, eran manchas recientes. No quiso llamar la atención de la muchacha sobre ellas. Tocó la mancha de la jamba con los dedos y se iluminó con la linterna.

—¿Qué pasa, Mark?

—Nada, nada —respondió, tras darse cuenta de que era sangre —. Déjame pasar a mí delante.

—¿Por qué?

—Para iluminar mejor.

Tiffany tuvo que dejarle pasar y llegaron al salón donde seguía ardiendo la chimenea.

—¡Tucor! —llamó ella.

—¡Dios! —exclamó Mark al centrar su vista en la boca de la chimenea. Después de descubrir la sangre, esperaba encontrar algo desagradable, pero no tanto.

Tiffany lanzó un prolongado y cortante chillido, sus manos se agarraron al brazo masculino clavando las uñas en él, pero Mark, impresionado ante la terrorífica visión, no sentía el dolor que le provocaban las uñas de Tiffany.

Dentro de la chimenea, sobre las maderas que seguían ardiendo, había un cuerpo humano sentado, con la espalda apoyada contra la pared del fondo, negra y sucia de hollín.

Era una especie de buda que se carbonizaba lentamente, un ser quemado encarado con ellos, mirándolos con unos ojos que habían estallado por la infernal temperatura de la chimenea Era monstruoso y toda la estancia olía a carne quemada.

—Es horrible.

—¿Es Tucor?

—Tal como está, ¿quién lo sabe? Tendrá que averiguarlo la policía.

—¿Cómo?

—Por los dientes, los maxilares, por la forma del cráneo, por

alguna vieja fractura ósea.

—¿Vamos a dejar que siga quemándose?

—¿Y qué importa ya? —replicó él con voz ronca.

Aquello que tenían delante era como un buda de carne y hueso que se carbonizaba lentamente y lo de buda era por la posición en que estaba y no por la beatitud mística que expresara su rostro.

La visión de aquel ser quemado era horrible. Tenía la mandíbula caída, los dientes aparecían abiertos, como prestos a dar dentelladas, y los ojos reventados era lo que más impresionaba. El cabello había desaparecido, quemado ya.

—Vámonos, hemos de avisar a la policía.

—Dios mío, Dios mío, es Tucor, ¿verdad?

—No lo sé —confesó Mark, pues el ser que seguía ennegreciéndose entre las llamas no le recordaba en absoluto a Tucor, ni siquiera a Freddy, el fuego lo había transformado completamente.

—Vamos —pidió Mark, rodeándole la espalda con el brazo cuando comenzó el concierto de portazos.

—¡Mark, Mark, son ellos!

—¿Quiénes ellos?

—¡Los malditos condenados!

—Pero, ¿quiénes son los malditos condenados?

—¡No lo sé, no lo sé!

—No hagas caso. Si es lo que imaginas, nuestro estado de ánimo fuerte les vencerá; nada podrán hacer, nada. Ellos están en otro mundo, nada pueden contra nosotros.

Tiffany no estaba muy convencida de lo que Mark decía, pero avanzaron juntos por el corredor, sin prisa, como de mostrando que no tenían miedo a aquellos terribles portazos que semejaban ir a derribar la casa.

Sus oídos también parecían querer estallar. Haciendo caso omiso de los violentísimos portazos, llegaron hasta la puerta del piso: sin embargo. Tiffany se estremecía a cada portazo. La gran puerta seguía abierta, como esperándoles. Mark la miró como si mirara a un adversario de póquer ¿Había que temer algo de la puerta?

—¡Ahora!

Empujó a Tiffany hacia afuera con violencia, una violencia que la sorprendió al tiempo que él estaba con ella fuera del umbral, justo cuando la puerta se cerró, con tal ímpetu que estuvo a punto de alcanzarles. La presión del aire sobre sus cuerpos les hizo avanzar unos pasos.

—¡Nos ha querido golpear, Mark, nos ha querido golpear!

—Sí, pero no han sido suficientemente rápidos. Ahora vamos abajo.

—¿A avisar a los demás?

—Mejor avisar antes al *bobby* del barrio. Crearíamos confusión y pánico, es mejor que el policía entre y se dé cuenta de que los demás no saben nada. Piensa que luego habrá una investigación por parte de Scotland Yard.

Siguieron descendiendo por la escalera. Pasaron junto a la puerta del segundo piso, pero no entraron: sin embargo. Mark le pidió:

—Quédate aquí, ahora vuelvo.

—No. voy contigo.

Continuaron bajando hasta llegar a la planta. Allí, en medio de un charco de agua teñida en sangre, yacía un cuerpo humano.

—¡Mark, Mark!

—Espera...

Mark se acercó, iluminó el cuerpo y lo identificó de inmediato.

—Es Tucor.

—Entonces, el de arriba, ¿quién es?

—No lo sé, quizá Freddy.

Varios relámpagos juntos hicieron penetrar su cegadora luz por la claraboya, al tiempo que se escuchaba el fragor de los truenos.

La gran lámpara de bronce osciló como nunca hasta que se desprendió o alguna fuerza extraña la hizo caer. Tiffany tuvo tiempo de verla y gritó

Mark saltó de lado ante la previsión de un peligro desconocido, más la lámpara le golpeó, derribándole, al tiempo que destrozaba aún más el cadáver de Tucor, que yacía en el charco de lluvia filtrada a través de la claraboya y teñida por su propia sangre.

—¡Mark!

—Tiffany —interpeló una voz grave, una voz que la hizo volverse.

—Doctor Webber...

—Tiffany, mira esta luz, mírala, mírala...

Tiffany miró la luz y comenzó a cegarse. Después, poco a poco, todo se tornó rojo para ella.

CAPÍTULO XII

Tiffany se sintió flotar en un mundo rojo y se encontró frente a una pequeña puerta a la que casi no podía acceder, puerta por la que parecía que sólo podían pasar pequeños animales, pero ella se introdujo y pasó al otro lado.

—No, no quiero ir —repetía, aterrorizada, pero seguía avanzando, empujada por una fuerza desconocida.

Entró en un obrador grande. Era un lugar que tenía un techo de arcadas, un techo antiguo. Aquel sitio estaba ennegrecido en paredes y techos, tenía mesas de gruesas maderas podridas por la humedad y el paso del tiempo.

Miró a un lado y a otro, aterrorizada.

De pronto, descubrió unas figuras humanas en forma de luces fosforescentes, sin demasiada intensidad.

—¿Quiénes sois? —preguntó.

Comenzaron a oírse golpes, golpes sobre las mesas, sobre las paredes y el suelo. Era como si ellos respondieran o se estuvieran burlando de la aterrorizada Tiffany.

—¿Quiénes sois? —gritó.

Los fantasmas la rodearon y ella, aterrada, quiso escapar al cerco, pero éste se cerró y se sintió atrapada, atenazada.

—¡No, no, soltadme, soltadme!

Se sintió elevada en el aíre y colocada sobre una mesa o plataforma dura donde muchas manos la sujetaron, de tal forma que no podía moverse en absoluto.

Chilló desesperada. Sentía que algo muy desagradable iba a ocurrirle y que no podía evitarlo.

—¡Quietos, malditos!

La voz grave del doctor Webber había irrumpido en aquel obrador de panes, oculto y olvidado bajo el edificio.

Tras el doctor Webber apareció Mark, que cojeaba e iba con un hombro más bajo que el otro a causa de la gran lámpara de bronce que se había desprendido de la claraboya, cayendo sobre él.

El joven hizo ademán de avanzar hacia aquellos seres sin rostro ni formas demasiado concretas, hechos de una luz pálida.

—¿Quiénes sois, malditos? —rugió el doctor Webber.

Aquellos seres fosforescentes respondieron dando golpes en el suelo, en las paredes, en el techo, incluso golpearon sobre el cuerpo de

Tiffany, que gritaba de miedo y dolor al mismo tiempo.

—Yo tengo algo para vosotros, malditos —rugió el doctor Webber.

El viejo médico, que debía haberse preparado durante artos para aquel momento, extrajo de su bolsillo una linterna que tenía un cristal un tanto especial, hecho a medida sobre el foco, y encima de éste había una cruz luminosa y unas palabras en arameo que Mark no pudo entender, ni siquiera leer, porque estaban en la lengua muerta.

Se produjo como un ulular fuerte, al tiempo que un viento nada del suelo y elevaba la pesada mesa sobre la que se hallaba tendida Tiffany, que comenzó a girar mientras los fantasmas retrocedían.

—¡Tiffany, Tiffany! —gritó el joven.

—¡Mark, Mark, sálvame! —gemía despavorida, girando y girando como la mesa sobre la que se hallaba tendida.

El doctor Webber avanzaba lentamente con su protección lumínica que proyectaba sobre aquellos desconocidos fantasmas, seres infernales que retrocedían hasta la boca del horno de panificación, que había permanecido oculto cuando se había segregado lo que antaño fuera el comercio de pan del obrador, transformándose posteriormente en un comercio de tejidos.

Mark intentó sujetar la mesa, pero salió despedido por la fuerza que ésta tenía en sus giros.

El doctor Webber avanzó sin miedo, con el resentimiento acumulado durante años. Se abrió la boca del horno y de su interior brotaron llamaradas, pero los fantasmas fueron desapareciendo hacia el interior del horno, produciendo un bronco ulular de retroceso, como de queja, dolor y rabia, todo en una mezcla disparatada, confusa.

—¡Malditos, malditos, seáis quienes seáis, sois discípulos de Satanás!

Una llamarada muy fuerte, muy grande, brotó de la boca del— horno y llegó hasta el doctor, pero éste no retrocedió, siguió avanzando.

Mark le vio llegar hasta la boca del horno. Después, sin miedo a quemarse vivo, penetró en él.

—¡Doctor! —le gritó.

El doctor Webber, inclinado, gateó hacia el interior La puerta se cerró y entonces los rugidos se convirtieron en un fragor insoportable. La mesa en que se hallaba Tiffany cayó pesadamente y dejó de moverse, pero a la muchacha todo seguía dándole vueltas.

—¡Tiffany, Tiffany!

Mark la cogió como pudo y la bajó de la endemoniada mesa cuando el techo comenzó a crujir y agrietarse, cayendo las primeras piedras.

—¡Vámonos, vámonos de aquí!

Como sí dentro del horno lucharan grandes fieras, el fragor de los rugidos iba en aumento, al tiempo que se abrían grietas en techos y paredes.

Corrieron hacia la angosta puerta, que más parecía la puerta de un armario o carbonera, y salieron gateando por ella. El suelo se agrietó también cerca de ellos y cayeron nuevas piedras.

—¡Bajad, bajad todos, esto se derrumba! —gritó Mark, que apenas podía caminar. La gran claraboya estalló en millares de pedazos de cristal, que cayeron al *hall* del edificio. Tras ellos siguió la torrencial lluvia.

Tiffany, mareada aún, corrió escaleras arriba, gritando también.

—¡Bajad, bajad, que se derrumba!

Apareció Timothy en el rellano, gritando.

—¿Qué pasa?

—¡Bajad, esto se derrumba! —gritó Mark.

Los jóvenes aparecieron todos en el rellano y comenzaron a bajar los peldaños a saltos cuando la mismísima escalera comenzaba a resquebrajarse y a caer en pedazos. Los gritos de los muchachos se confundían, pero todos ellos consiguieron llegar al vestíbulo y después a la calle, mientras el edificio se iba demoliendo por una fuerza destructora desatada en sus cimientos.

Todos salieron a la calle cuando apareció el *bobby* inquiriendo:

—¿Qué hacéis, qué es lo que pasa?

El aguacero caía sobre todos ellos, empapándoles.

—¡El edificio se derrumba! —gritó Mark.

—¿Que se derrumba? ¿Qué habéis hecho?

—¿Nosotros? Si este edificio es una mierda, se cae de viejo —gruñó Timothy.

El policía quiso entrar por el lado, pero no pudo. El fragor del derrumbe aumentó, hasta que todo terminó en una montaña de escombros que quedó oculta tras una muralla de publicidad donde a todo color se proclamaban las excelencias de una sociedad de consumo que vivía de espaldas a las fuerzas extrañas y diabólicas que allí habían quedado bajo los cascotes, pero que era muy posible aparecieran en otra parte o quizá en el mismo solar cuando se construyera un nuevo edificio.

—Mark, ¿qué ha sido todo esto?

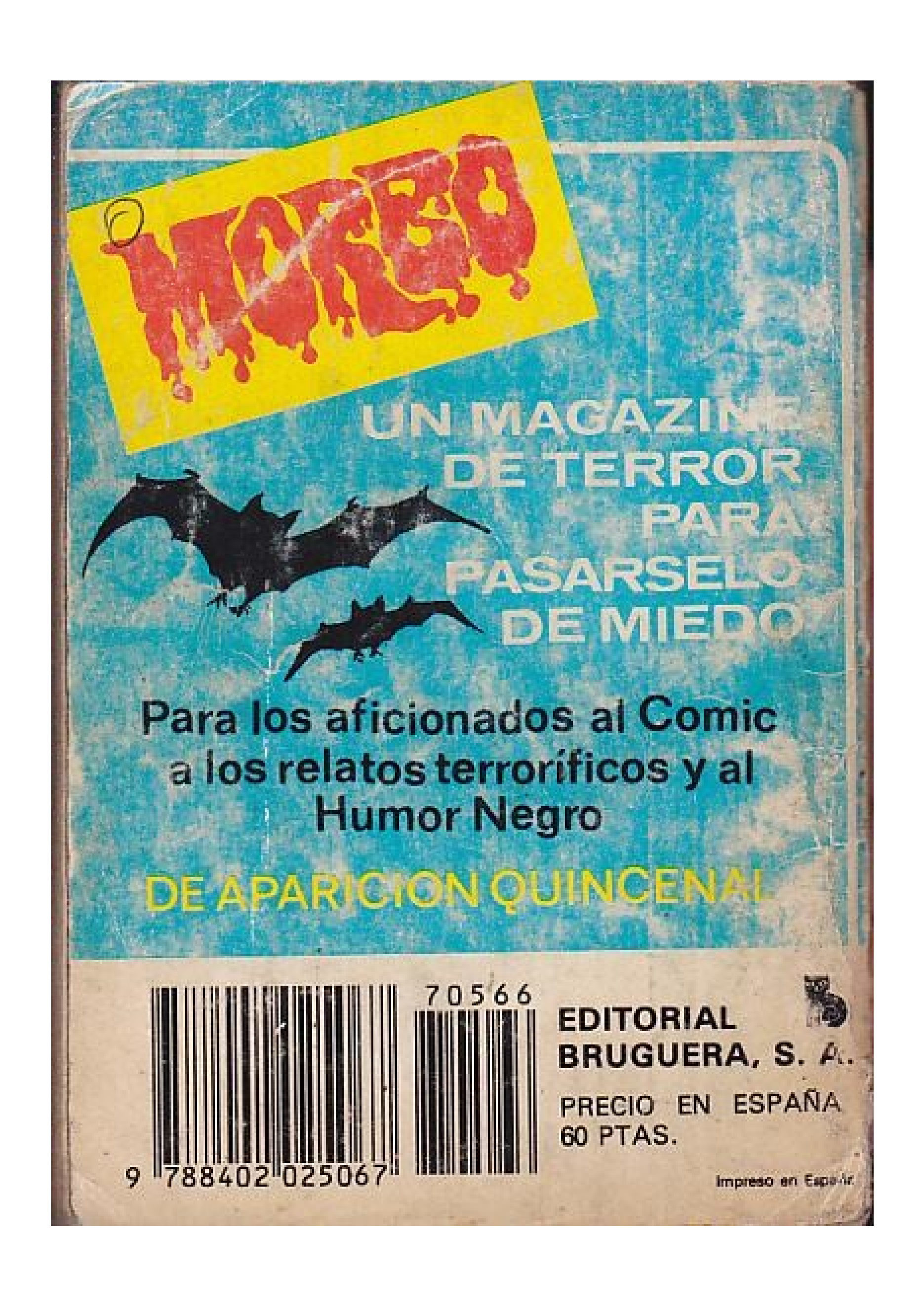
—Una pesadilla que tendremos que olvidar.

El *bobby* preguntó;

—¿Ha quedado alguien dentro?

—SI —asintió Mark—, ha quedado alguien dentro... Prefirió que las muertes quedaran como ocurridas bajo el derrumbe supuestamente natural, por envejecimiento de un edificio destinado a la demolición.

F I N


MORBO
UN MAGAZINE
DE TERROR
PARA
PASARSELO
DE MIEDO
Para los aficionados al Comic
a los relatos terroríficos y al
Humor Negro
DE APARICION QUINCENAL
70566
9 788402 025067
EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.
PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.